

# Relicario, Caligrama Editorial.

Dabone (Lucio)



# Capítulo 1

## Cap. Uno – El hallazgo

Café matinal en el bar de siempre. Invierno tardío, incluso más duro que el del año anterior.

La mesa habitual, con vista a la avenida. La 100 sonando en los espléndidos parlantes Sony del local.

El nudo de tu corbata parece estar firme, sin embargo te incomoda un poco. Ha de ser algún pliegue de la camisa, por lo que tocas un poco alrededor del cuello de la misma. Sí, era eso. Así está mejor.

Cientos de personas que pasan frente a tus ojos, marchando al ritmo de la gran ciudad. Crees ver un conocido... pero no, es solo alguien parecido a un viejo amigo tuyo, aquel al que no ves desde hace tiempo. Quizás ese flequillo "Rolling" sumado a la forma rara de caminar hizo que creyeras que era él. Sin embargo te preguntas por qué tus pensamientos se volcaron precisamente hacia esa persona específicamente, cuando de hecho conoces a muchos más con dichas características. Al menos... a ver... quince individuos. Piensas... ¡Incluso mucho más similares físicamente!

Ahí va otro tipo, muy parecido al papá de una amiga... de Ana -lo escudriñas con la mirada- pero... ese sobretodo, no, ¡imposible! O uno: tus sentidos están, hoy, alterando la realidad, o dos: tus recuerdos alteran los primeros. Francamente no lo entiendes: el criterio de selección de similitudes se encuentra en estos momentos averiado.

Esperas que se desocupe el diario para echarle una mirada. Un ligero disgusto te viene al ver que un señor muy bien vestido (a pesar de esa corbata rosa brillante con grandes puntos negros) tarda una eternidad en

dar vuelta cada hoja del periódico, que dicho sea de paso moja groseramente con saliva en cada uno de los extremos de papel. Claro, no vaya a ser cosa que se le resbale el dedo. Hay otros noticiarios, pero TU quieres ESE... no los demás.

A tu lado se sientan dos personas, una pareja, altos ambos, muy blancos y rubios. Aquella suposición que tenías se vuelve cierta al oírlos hablar: son extranjeros. Tratas de identificar el idioma. No puedes. Inglés no, es tu idioma predilecto después del español. Francés tampoco. ¿Alemán? No, no suena tan trabado, por así decirlo. Supones que puede ser holandés o belga, quizás algún léxico proveniente de esa parte del mundo.

Pasa un trío de jóvenes con remeras de un excelso guitarrista, famoso él, que al parecer toca próximamente en el Luna Park, y te viene a la cabeza el tiempo que hace que no te das una vuelta por allí. Sí, tres años que no asistes a un espectáculo en ese bello estadio... ejem, bueno quizás un poco más. Desde aquella noche genial en la que te divertiste como loco con tu ex viendo "Les Luthiers", cómo podrías olvidarla. Ciertamente hay aún fotos en alguna red social con ella... ups, quizás es momento de borrarlas. Sí, buena idea.

Miras el reloj. Sonríes ya que si bien tienes el celular con el horario de protector de pantalla aun así la mirada se posa automáticamente sobre tu muñeca izquierda. Tienes tiempo, la reunión es a las 10:35.

El tipo sigue con el diario. Con suerte la semana que viene lo podría terminar de leer o lo que sea demonios esté haciendo con éste y permitir así que otro lo tome. O tal vez ya esté convertido en un bloque de papel y saliva. Qué asco. Si bien tu mente sugiere algunos adjetivos calificativos poco amables hacia el nombrado, prácticamente ya ni te importa. Prefieres mirar los peatones pasar. Desempañas un poco la vidriera que te impide ver con claridad, consecuencia del vapor de las bebidas calientes y de la gente que fue llenando el ambiente del local. Salta a tu vista una carita sonriente en el vidrio, al parecer dibujada por el dedo de un visitante del bar en alguna ocasión de un pasado no muy lejano. De alguna forma... te contagia su expresión.

Un ruido de bocina suena repetidamente sobre la esquina de la calle. La ya típica pelea "taxista vs colectivo" esta vez exacerbada por algunos insultos y amenazas en exceso. Nada de otro mundo, no al menos en esta inmensa urbe. Dedos mayores levantados, fuck you mutuos. Y los recuerdos a las madres de ambos. No mucho más.

Por unos segundos miras con desdén la carita del "sonría lo estamos filmando". ¿Por qué razón debe la gente sonreír estando en presencia de una estúpida cámara? Puff, parece que las malas vibraciones de la pelea callejera se te atracaron. Pones la mejor cara de ano que encuentras a tu disposición y diriges tu rostro hacia el lente. Es muy chiquilín de tu parte, pero te hace sentir bien.

El café, contradiciendo su aroma, no está tan fuerte como siempre. Incluso un poco tibio. La medialuna gigante y bañada en una especie de almíbar compensa lo anterior. Deliciosa. No hay servilletas de papel en tu mesa. Supones que muchos han ya desayunado allí llevándose las suyas. Llamas al mozo, que no está para nada conversador como cada lunes, para que te alcance algunas. Te chuparías los dedos de no ser porque te da un no sé qué, mezcla de no saber cuándo fue la última vez que te lavaste las manos y que aún sigues observando la cámara de la que te burlaste antes, como si un ojo prestara atención a tus movimientos.

La media (calcetín) de tu pie derecho te incomoda un poco. Tiendes a estirar tu mano como si fuera posible tocarla a través de tus zapatos, que brillan por el lustre que les diste. La picazón no se calma. Esa costumbre de usar medias grandes hace que en ocasiones queden con algún doblez sobre la planta del pie. Te pasa a menudo, pero que cómodas se sienten tus dedos.

Listo. Quedó mejor dispuesta, ya no te incomoda. Aprietas para probar el pie contra el piso, cuando sientes que pateas algo. Metálico. Sea lo que sea, las monedas no suenan ni se sienten tan grandes. Miras a tu alrededor como si el mundo se detuviera a observarte, cuando a nadie le importa lo que haces.

Tus ojos se posan sobre el objeto. No es definitivamente una moneda. No... Una cadenita. Dorada. Será en verdad oro te preguntas. Tu radar

interior te confirma que nadie te observa. La tomas con disimulo. El peso hace entrever que tiene algo colgado de ella. Un dije. Para ocultar tus intenciones lo palpas entre tus manos, sin mirarla. Mmm... Algo circular. Te rindes a la tentación de saber qué es. Bajas la mirada de a poco.

Parece tener aproximadamente unos 4 cm de diámetro, y tiene un corazoncito labrado. Incluso tal vez se pueda abrir. Intentas. Sí, lo haces.

Guau... Un relicario, genuino. Nunca habías tenido uno en tus manos. Miras en su interior. Piensas encontrar, como en las películas, una foto... pero solo encuentras un nombre: Sofía.

¡Qué bello! Esteeee. ¿Qué significaba? (en algún momento de tu vida tuviste mucha curiosidad por la onomástica) La que posee sabiduría. La capital de Bulgaria también. La mezquita en Estambul...

Pero bueno basta de divagar... El tiempo ya corrió demasiado, al igual que los transeúntes que viste pasar por la calle. Ahora te apremia...

No sabes qué hacer con tu hallazgo. ¿Se lo dejas al mozo malhumorado? ¿Lo guardas? ¿Acaso esto último no sería... robar acaso? Mmm, la cuestión moral no te afecta en estos momentos.

Cómo el adagio inglés proveniente de una ley romana establece: i"finders keepers"! Decides que siga en tu posesión. Ok, es hora de irse a trabajar. Dejas debajo del platito que acompaña la taza vacía el dinero con propina incluida.

Te marchas del bar. El "meeting" te aguarda. Llevas contigo algo nuevo. Algo que, en ese entonces, creías no te pertenecía...

## Capítulo 2

### Cap. Dos – Una junta

Sabías interiormente que la reunión matutina no iba a ser muy útil. Sobre manera, cuando se llevaría a cabo antes del horario habitual de ingreso al trabajo. Esos minutos extras pre-jornada laboral predisponen de mala manera a la gente. Para la alta dirección las palabras "sentido común" no tienen aplicación práctica.

En general la mayoría de las precedentes fueron bastante improductivas, creencia compartida por la mayor parte de los concurrentes. Sin embargo, al mal tiempo, buena cara. Conoces algo del "tema" de que ir con algo en la cabeza a algún lugar, y más aún si esa idea es negativa, termina cumpliéndose. Profecías de autodeterminación. Por ende, tratas de evitar mentalmente esa rama derivada del pensamiento "nostradámico".

Intentas ponerte en el lugar de tu jefe. ¿Que verá de agradable este sujeto en juntarnos a todos? ¿¿Qué pensamientos le hacen creer que son positivas estas tertulias a nuestro Luis Miguel (éste no canta, puf... chiste ya muy ordinario en la oficina)?? ¿Qué sacará en claro? ¿Por qué las considera valiosas y persiste a pesar del visible mal humor de los asistentes? Es justo decir que se percibe claramente un aura raro, gris, en el ambiente.

Luego de varios minutos que en verdad parecieron eternos, Mr. Excel Pedro Arrieta se encuentra a punto de finalizar su exposición de diapositivas, como siempre no llegando a un punto claro para... casi nadie (excepto para él mismo). Sin embargo la pasión que el tipo siente por esas fórmulas y gráficas (garra en criollo) a veces contagiaba a algún que otro compañero a simular su entendimiento, asintiendo con la cabeza o con alguna gesticulación de similar significado. -Pero claaaro- Como si prolongar una vocal los hiciera ver menos ridículos.

Mientras juegas con el relicario en tu mano izquierda, fijas tu mirada en la secretaria de Luis M. Fuertísima. Más de uno ochenta de altura, cintura delgada, senos seguramente retocados por algún cirujano conforme su

perfección, pollera extremadamente corta que resalta la consistencia de su trasero. Y tacos, pero ¡qué tacos! En la jerga del macho argentino, todo un "camión". ¿Se acostará con el jefe? Dios mío que estómago pobre mujer. ¿El habrá pagado su operación de pecho? ¿O simplemente será una secretaria regular a la que solo le gusta mostrar su "figura" en público? Sabes que está mal hacerlo, pero por la forma en que sopla el café acomodando sus labios, tan... sugestivamente, y si, decides que la primera opción es la correcta. Ok. Ahora tus pensamientos van en dirección del viejo. ¿Qué diablos tendrá aparte de mucho dinero Luis M.? Por cuestiones de ego propio no quieres pensar al respecto. No puede ser "más" que vos, ¿no? En nada. Está entrado en años, pelado y gordo. Los prejuicios viajan a 1000 km/h. Tu mente inunda de agresiones a este Sr.

Por un momento notas que el odio en tu mirada, dirigida hacia Luismi como una flecha directo al blanco, se vuelve muy real. ¡Lo estás aniquilando! Detente. Debes dejar de observarlo tan furtivamente o él lo va a notar, como lo está haciendo Juan José alias "JJ". Tu punto focal debe ser modificado en forma urgente. Escuchas la voz de tu abuela: -Tu actitud debiera siempre alejarse de los caminos que enseña el enojo.-

El corazón dorado cuelga entre tus dedos. Lo aprecias quedando por algunos segundos con esa extraña sensación mezcla de "deja vu" con "debería haberlo devuelto". Piensas en todas aquellas Sofías que conoces. La hermana de tu mejor amigo, tu ex suegra, aquella novia que tuviste alrededor de tus 15 años, la peluquera que trabaja en Avda. Sta. Fe, la cajera del Bco. Río de la cual leíste el nombre en su prendedor... No muchas más... ¡Ah! También aquella empleada que echaron de tesorería hace más de 6 meses, la bruja que prometió un funesto fin a la empresa...

Crees escuchar tu nombre. Efectivamente Miguel, el genial, auténtico y genuino chupamedias de la empresa, apuntaba un dedo en tu dirección mientras parecía conversar con el jefe. Mueres de ganas por quebrar cada hueso de ese dedo con el primer objeto que se te cruce por el camino. El viejo y oxidado sable colgado en la pared sería francamente ideal para la ocasión. Sobre todo por lo oxidado. Intentas calmarte. No vale la pena. Recobras la conciencia, si así puede decirse, y pones tus energías en descifrar la conversación que omitiste escuchar.

Te miran. Ya es tarde para intentar meter bocado así que recurres a una de tus bastante utilizadas "frases que no dicen nada pero generan la falsa pero buscada impresión que estabas prestando atención", adoptando un gesto adusto, a saber: - Recuerden que en este tema específico, hay que tener varios aspectos en cuenta, que no se relacionan directamente al asunto principal, y por ende no son notoriamente visibles en la cuestión bajo tratamiento... -

Ante el silencio generalizado y los rostros de perplejidad de tus compañeros, y cuando pensabas que tus dichos habían logrado la efectividad esperada, salta Juan José, una de las personas con más buena onda, positivismo y... bueno, panza del grupo, quien te dice: - Ehh... Pero... ¿¿Fuiste a comprar la carne para el asado o no?? ¿¿No conseguiste leña?? Tercera semana del mes impar, es tu turno papá... iii Si hablaras en español estaría todo más claro troesma jajaja!!! -

No solo metiste la pata de mala manera, y hasta el fondo, sino que también olvidaste la cena. ¡Maldición!. ¿Cómo conseguir carne a esta hora del día y que decir en estos segundos para salir al cruce son cosas que te urgen ahora? Cuestión de... ¡YA!

- No no, jajá, ¿los hice dudar no? Hablaba de las ensaladas ya que Mary está de vacaciones, je... ¿o piensan que me voy a hacer cargo de todo??- te limpias el sudor de tu frente con el puño de la camisa, sorprendido de la velocidad de tu respuesta aunque careciera de mucha veracidad.

El murmullo naciente indicaba que además de milagrosamente pasar la pelota, había pocos individuos dispuestos a tomar la tarea a cargo. Mariano, muchacho alto y flaco, callado, servicial, cabello casi rapado, con algo de timidez finalmente se ofreció a su elaboración y gracias a una exposición verbal elocuente ofreció su preparado desplegando una amplia variedad de opciones, lo que obviamente acarreó el aplauso de los demás, futuros comensales y discípulos de Pilato en la asunción de responsabilidades.

Sentiste tus tripas sonar por encima de las risas de tus compañeros, relajados ya al palpar el ocaso de la reunión. Hay hambre en tu cuerpo. En demasía. La medialuna fue digerida hace rato. Mientras, el relicario



sigue firme en tu mano, ahora sudorosa. Lo observas una y otra vez, sin motivo aparente. Te hipnotiza, ¿no es así? Te llama continuamente tu atención. Es de tu agrado el sonido de su tintineo. Su brillo. Ja, y que es de oro.

Son las 13 en punto. Tiempo fuera. Al fin dan por finalizada esta parodia de junta. Hora de mudarse a tu oficina y continuar con la rutina diaria. Real bussiness time...

## Capítulo 3

Cap. Tres - Horas de oficina.

Como cada día, y ante la falta crónica de un perchero en el despacho, cuidas que encima de tu silla no haya polvillo antes de apoyar el saco. Verificas que la empleada de limpieza, la dulce Graciela, haya puesto la bolsa en el tacho de basura pues últimamente había omitido hacerlo. Recortes presupuestarios al sector. Greis, como se hacía llamar, a pesar de sus "olvidos" laborales, tenía unos modos muy amables. Solía dejar en los escritorios de cada uno de los cumpleañeros de la oficina unos pequeños chocolates el día anterior, y así por la mañana cada cual recibía su primer y dulce regalo en la empresa. Al parecer su marido trabajaba en una distribuidora, y aquellas golosinas próximas a vencer tenían como destinatario a los empleados más longevos de la firma, entre ellos Jorge. Y doña tomaba algunos y los compartía con sus compañeros de laburo. Una "grosa" total.

Pero, yendo al grano, y en cuanto a la alforja (como diría el gerente de ventas) de residuos, esta vez se encontraba en dicho sitio y perfectamente colocada. Una pinturita.

Mueves el teclado de la computadora a tu posición preferida, casi contra el borde mismo del viejo escritorio de madera. Dejas el parlante sin encender ya que no te agrada en demasía el sonido típico del inicio del sistema operativo, sobre todo la parte de llamar la atención del resto y que otros noten "cuándo" le das ON. Podrías quitarle por ti mismo la melodía pero no tienes los privilegios de administrador de sistema. En realidad nadie los tiene excepto el analista, Miguel, y el vice de la empresa.

Adrián se acerca con su café en mano y te saluda cordialmente. Una verdadera ternura este pibe, dueño de una historia tan dura como pesada para cargar sobre sus hombros: huérfano de chico, perdió a su hermano en un intento de robo hace un par de años, todo ello sumado a una novia enfermamente posesiva que no le deja quitar los ojos de su smartphone. Sin embargo, a pesar de todo eso, que don de gente: tiene... tiene en cada jornada, y lo puedes asegurar, todos los santos días, la mejor onda del mundo. Una sonrisa dibujada en su rostro. Inalterable. Casi perpetua.

Da gusto aunque sea cruzar un par de palabras con él, ya sea un "cómo estás" o un "buen día Adri". Contagia, en verdad que contagia su energía.

Desde el fondo se escucha, más bajo de lo normal, la radio de Mateo difundiendo las noticias a través de AM Continental. A punto de jubilarse, suele llevarse un espejito y un peine gris a su cubículo para verse "glorioso" (según sus propias palabras) antes de "salir al ruedo". Un auténtico personaje; hacedor de un humor negro durísimo, pero de los que se encuentran en muy pocos lugares; al borde de una calvicie inevitable pero de la que no iba a dejarse vencer fácilmente, está intentando con el trasplante; ojos profundamente celestes, brillantes; pianista por vocación, buena gente por opción.

Como nunca meriendas tan "temprano" atento que te incomoda el abarrotamiento de gente alrededor de la cafetera, prefieres aguantar un poquito más y comienzas a revisar tus correos. El gerente de una firma clienta de tu Magger Baires se queja acaloradamente de la demora en la entrega de unos productos, haciendo hincapié que no es la primera vez que esto sucede. Piensas: -Tantas cosas pasan más de una vez y el mundo continúa, gruñón...- Le pides en respuesta detalles del pedido y su supuesto despacho tardío. Pues, coños, como si tuvieras noción de cada puto envío que sale de despacho.

Mail de tu banco: ni te fijas en él. Alcanzas a figonear las palabras "confirmación de domicilio". Suficiente. Hace diez años que vives en el mismo lugar y que solicitaste que te cambien los datos de tu vivienda. El tiempo de la burocracia, en forma documentada.

¡Ah bueno! Un mensaje de un cliente que escribe para saludar solamente. Jaja, ino te caigas para atrás de la emoción! Más allá de la broma, de verdad te cae bien haberlo recibido. Esta sociedad no está acostumbrada a dar gracias pero está siempre dispuesta a reclamar. ¿O no?

Continúas... Toneladas de spam y promociones. Ciertamente con la delicadeza del agregado de la frase "No imprima a menos que sea necesario". Bien por ellos. Sin embargo... a la papelera virtual.

A ver... Este parece importante. Proviene de tu jefe. Te tiene a tres metros de distancia pero el tipo envía mails. Impresionante. Debes remitirle el informe quincenal. El horrible y lúgubre informe. Qué más da, hay cosas peores... bueno si, quizás ver Actividad Paranormal 3.

Notas que mientras leías, con tu mano izquierda has revuelto todo tu cabello, como... siempre. Te mueves un poco y percibes un sonido de metal chocando contra algo. El relicario depositado en el bolsillo de tu pantalón pareciera querer decir algo, hablar. Sonríes. ¡Que ideas raras tienes! Hablar ja.

Lo sacas y observas. La luz blanca del foco de la oficina lo hace brillar aún más. Quedas hechizado por su belleza. Una vez más te reclamas haberlo tomado, aunque la culpa se desvanece con cada hora que corre. Te preguntas por ella... Sofía.

Cierras los ojos... La imaginas... ¿Linda o fea? ¿Alta, baja? ¿Flaca, rellena? Tu cerebro hace una elección fascinante. Guaaaauuu sí que es bella... Vuelas con la imagen que tú mismo creaste para representarla...

Suena el teléfono fijo. Sea quien sea sientes infantiles y primitivos deseos de estrangular al que se atrevió a interrumpirte. -No te vayas nena, ya vuelvo- te dices.

Número de interno equivocado. Cuelgas el tubo con más fuerza de la normal. La lapicera junto al mismo rueda hasta detenerse sobre el borde de unas copias desparramadas sobre la parte izquierda del mobiliario.

No sueltas el relicario. Lo sostienes firmemente en tu mano. Permanece en ella inmutable. Su dorado resplandor absorbe nuevamente tu mirada. Te interpelas, ¿cómo algo tan simple puedo contener tanta belleza? El vaivén en su movimiento lo hace adictivo a los ojos. Hechizante, oh sí.

Piensas en su dueña. ¿Algún día lo habrá poseído realmente o quizás solo haya sido un obsequio que nunca llegó a destino? ¿Lo perdió o fue deliberadamente arrojado? Eliges en ambas preguntas la primera opción.

Piensas en ella... en ese nombre encarnado en un objeto... en Sofía.

## Capítulo 4

### Cap. Cuatro – Home sweet home

Llegas a tu departamento. Hallas cuentas por pagar en el buzón. Si, repentinamente deseas convertirte en el enorme pastor alemán de tu vecino, Zeus, que la semana pasada intentó morder el trasero del cartero. Harías lo mismo si lo vieras en este momento. O peor... Ja, si con ello evitaras pagarlas. ¡Qué ideas las tuyas!

Revisas el contestador del teléfono. Dos mensajes. Supones de dónde provienen (tu madre por un lado y la operadora recalando tu deuda con la compañía por otro). En consecuencia no los revisas. Arrojas el saco sobre el sofá, encima del control remoto del televisor (por algo no encuentras las cosas cuando las necesitas luego) y te diriges a la heladera.

La abres con algo de desazón. La extraña sensación de que la palabra "desierto" puede tener una connotación vinculada a bajas temperaturas y no al calor del Sahara se vuelve un hecho. Observas. Una caja de leche abierta. Tres huevos en la puerta, uno en muy dudoso estado de conservación. Una mermelada de durazno a punto de acabarse. Dos tomates pasados. Ese sobre abierto de queso rallado de... antaño. Y una luz tenue que ilumina todo el vacío restante. "Decides" pues... Que ya no tienes hambre. Punto. A otra cosa.

Un toque de efusividad al cerrar la puerta hace que el imán de "Bariloche" caiga al suelo. Lo quedas observando. Una especie de nostalgia cobra vida en forma de una brisa que te acaricia la espalda. Recuerdos que aunque desees no puedes borrar. Con tu mente responsabilizas a la ventana entre abierta del baño por la ráfaga. Bien en tu interior sabes que no fue solo eso.

Mientras bebes tu segundo vaso de agua seguido (últimamente te encuentras muy pero muy sediento) miras las luces del módem. Tres encendidas, una de ellas titilando. Está online. A veces la conexión se pierde a estas horas del día. Despiertas tu notebook. El recordatorio

indicando que tu versión de Windows no es original aparece por centésima vez y... como siempre... en primera plana. Obviamente.

Fijas los ojos en el monitor por unos cuantos segundos tratando de recordar el destino a darle a tu navegador. Tus dedos aguardan las órdenes de tu cerebro, que parece no tiene nada importante que decirles. Qué... demonios... ibas a hacer... en internet... Se te esfumaron las ideas en un instante.

Miras la barra de favoritos. Mmm... Tampoco obtienes un feedback útil. Por lo tanto clickeas en el sitio del deporte que amas para pasar un rato de distracción hasta que tu cabeza se ilumine nuevamente. Boludear un rato. Los que saben dicen que hay que focalizarse en otra cosa u objeto así se puede recordar algo que se olvidó recientemente. Bah, no te da resultado.

El cementerio de tazas arriba de la mesada alcanza su punto de máxima extensión. La mera ausencia crónica de detergente en la cocina no obsta a que intentes limpiarlos algún día. Tampoco eres un fanático coleccionista de recipientes (en una época se hizo común hacerlo con latas de cervezas, allá por los noventas). Un ejemplo es tu tía Eleonora. ¡Qué NO colecciona esa mujer! Tú, en cambio, tienes solo ocho. Seis sucios. Uno en uso. Otro, Dios sabe dónde lo has dejado. Quizás en el piso cerca de una de las patas de la cama. Tal vez en el baño luego de los enjuagues con bicarbonato para aquella ponzoñosa llaga en el paladar.

No recuerdas cuando fue la última vez que limpiaste los vidrios del ventanal que da al patio trasero. Aun se ve claramente hacia afuera sin embargo, excepto por esa mancha ovalada en la parte inferior izquierda. El matorral luce cada vez más tupido. Esperas que "EL", tu amigo, visite el rosedal. Un colibrí suele venir, cada día, pasado el mediodía. Verde, de pecho púrpura, pico oscuro... parece flotar en el aire mientras posa majestuoso sobre las flores. Excepto días de intensa lluvia, siempre dice presente. Este lunes lleno de sol no sería la excepción.

Y si... Lo ves, detenido en el aire. Respiras... que paz. Lo miras y te transmite serenidad. Libertad... ¡Alegría! Las cosas más sencillas pueden causar el más supremo gozo. No eres capaz de describir con palabras lo

bien que te sientes de solo observarlo. Te sorprendes de ti mismo. Simplemente, hermoso. Esa sonrisa que quedó dibujada en tu rostro no tiene precio. Vale la pena. ¡Sí que lo vale! El mismísimo Guasón estaría orgulloso de tenerte en su equipo, como el que hizo la redada en el Batman I de Michael Keaton. Je.

Un rayo de sol golpea el relicario que dejaste sobre la punta de la mesa. Por un momento te habías olvidado de éste. Frunces el ceño. Qué misterio... Cuántas incógnitas sin resolver. Te colocas el disfraz de detective. Merodea tu cabeza la pregunta sobre su origen. Sobre ELLA. También sobre su destino... Ese que cambiaste para siempre al tomarlo de aquel bar.



## Capítulo 5

Cap. Quinto – Que sea rock

Como no tienes deseos de renegar con el estacionamiento en el centro, dejas las llaves del auto junto al equipo de música y decides caminar. Más aún con este hermoso día.

Meditas mientras tus pies evitan pisar las líneas de las baldosas. Vieja costumbre tuya. Regla digamos. De niño eras absolutamente exigente con el cumplimiento de la misma. Sino corrías el riesgo de sacarte un 8 en alguna prueba del colegio (y no el 10 que estaba en tu target), o que se cortaran los canales en tu serie favorita... cosas por el estilo.

Deberías salir a caminar más a menudo. Si bien el gimnasio te gusta, y la mayoría de las veces que asistes haces correctamente la rutina (aunque las charlas grupales con Elías, Juan y Manu obstan a ello ocasionalmente), no es lo mismo que realizar actividades aeróbicas. Te encantan las pesas, pero estaría genial que lo complementarás con "algo" más, como trotar un poquito de vez en cuando. Por más que las cintas para caminar estén ocupadas siempre, hay varios parques en la city donde mover las piernas. Cuestión de decidirte, sólo eso.

¡No lo olvides! Una de las razones que hicieron que tu acidez crónica te abandone fue la de correr de vez en cuando, aquellos días que te enviaron a la sucursal de Mendoza. Ok, lejos de casa, de las comodidades, de los amigos... pero sobre todo es proponérselo. ¡Vamos!

Vas llegando a destino. Número 535 de la calle Garibaldi. Te acercas lentamente, acariciando los musgos que invadían parte de la pared de la vivienda vecina. (esa sensación rara en la punta de los dedos, ¿no?). Qué decir de semejante construcción. Una verdadera fortaleza de otros tiempos, venida muy a menos actualmente. Bah, desde hace bastantes años. Cada día se ve más tenebrosa.

Cerca de cuatro metros de altura, imponentes, con unas pequeñas gárgolas ennegrecidas vigilando el frente. Supones debiera tener un

grosor de más de 50 cm en cada muro, al igual que la vieja casa de tu bisabuela. Inmuebles de este tipo se pueden convertir en unos auténticos freezers en invierno, pero... pues... ¡qué bien se pasan las horas en ellas cuando los calores intensos azotan nuestros días y no contamos con el tiempo ni... una regia pileta para hacerles frente! En eso sí que son las mejores. Lejos.

Bueno, dejas de divagar. Ahora, la conocida casa celeste cielo se planta frente a ti. Tocas la puerta. Al instante, se escucha un – Ya vaaa-. Juan, que luce una tremenda musculosa roja y acomoda esos gigantes rulos rubios bajo una gorra, atiende, con esa expresión de nada que lo caracteriza (estilo NS/NC). Él es así, no hay nada nuevo en esto. Nunca se sabe si está contento, triste, enojado, dormido, nervioso, etc. Un "hola" seco y corto acompañado de un gesto con la mano te indica que pases.

Ver los ensayos de la banda de tus amigos te gusta. Por varios motivos. A ver... El estar reunidos compartiendo ese momento. El mate dulce, almibarado, de Esteban. Las tortas fritas de su mamá. El intento de puesta a punto de los instrumentos. Los cables que acoplan porque ya no deberían seguir usándose. Pedro Kovasevic que sube innecesariamente el volumen, "al mango" digamos, de la guitarra para afinarla, ante la desaprobación del resto. Ana con los auriculares puestos, ritual común para concentrarse, parte de la rutina "pre" canto. Las deliberaciones sobre los arreglos a hacer a los temas. Mauro, "el pulpo", que juguetea con su palillo haciendo piruetas entre los dedos de su mano izquierda. El comienzo. 1 2 3 4...

Aunque sea una sesión de práctica, y a pesar de las interrupciones propias de la naturaleza de un ensayo (quien ha intentado hacer música con otras personas sabe de lo que hablo) y de las condiciones más o menos propicias del sitio donde se desarrolla... la música en sí, su resultado... como explica las sensaciones que provoca... veamos: te... emmm... te puede transportar a otro sitio. Te "lleva" con ella.

En realidad es discutible si uno mismo o aquella hacen el trabajo. Quizás sólo seas vos, tu cabeza, tu mente. Quizás ambos. Bueno, es lo de menos. Te imaginas como un surfista en la cresta de la ola más inmensa, majestuosa, en el medio del Pacífico. No solo la visualizas, te confundes

con ella. Ahora son uno. Pasas a sentirte parte de su misma esencia.

Tus ojos permanecen cerrados. Tu mano, apoyada sobre el lado derecha del rostro, casi con el índice sobre tu sien. Adoras ese tema. Algo del sonido de la canción no es igual al de la versión original. El tono, más agudo quizás... casi con seguridad. Deben de haberla transportado para que Ana no tenga dificultades de cantarla. Pero qué demonios. Sigue siendo "tu" canción. Cuánto amor incondicional entre ésta y vos. Arqueas las cejas. Disfrutas...

La facultad de convertirte en pasajero de los viajes más gloriosos es algo que solo la música puede concretar. Ok, un buen libro, digamos que también. Bueno, esteeee, ¿y una bella mujer? ¿acaso no se puede agregar a la lista? Ja ja...

Al levantar (luego de casi cinco minutos) tus párpados, notas a doña Diana acercarse lentamente con una bandeja metálica en sus manos. El aroma que viene con ella no miente. ¡¡¡Tortas fritas listas!!!

Pedro toma cariñosamente a la señora dándole un abrazo desde atrás, diciendo: - ¡¡Cómo amo a esta mujer!! GENIAAAA... -

Diana sonriendo y haciendo malabares con la bandeja masculla: - Ay querido, ¡más espacio que se me va a caer todo!-

- Y a mí me gusta tu hermana pero no le pude tocar nunca ni un pelo, granuja-: Esteban, gesticulando sin abrir la boca, y con una mirada semi asesina, pensaba para sus adentros.

Juan fue el primero en engullir una de esas delicias. No solo eso. Fue lo suficientemente veloz como para también repetir el bocado antes que el resto comenzara a comer. De contextura delgada tirando a esquelética, tenía la capacidad metabólica de tragar como un león hambriento y nunca engordar un solo kilo. Pero ni uno solo. De vez en cuando se pesaba en la balanza electrónica en otros tiempos usada por Diana. Maravillas provenientes del ADN de su padre según él, otrora mago en un circo de

fugaz éxito allá por la década del 70.

La mascota del hogar, Evangelina, hermanita menor de Esteban, con sus siete años recién cumplidos, era una especie de faro que iluminaba cada ensayo (icada hora, minuto, segundo del mismo!) con sus ojos pardos y esos hoyuelos dibujados en su sonrisa. Cabello dorado, rizos que ondeaban alrededor de un rostro tan angelical como tierno. Imposible no quererla. Se sentaba siempre en soledad cerca de los equipos de audio, ya que según ella podía apreciarse el sonido con la menor pérdida de calidad posible. Argumentaba, con una seriedad digna de un catedrático, que al moverse en el aire, las ondas iban perdiendo su fuerza mientras viajaban hasta llegar a nuestros oídos.

Llevaba a menudo un cuadernito en sus manos en que anotaba nadie sabe qué. No había ser humano (excepto ella) que tuviera la fortuna ni la autorización para tomarlo y verlo.

Nunca con pelos en la lengua, solía descubrir (y hacer notar) las equivocaciones de los músicos en virtud de su envidiable sistema auditivo. Solo meneaba sutilmente la cabeza, negando, mirando hacia el suelo. No se burlaba, ojo. Era su carácter nomás. Incluso ahora, en este preciso momento, no tiene pudor para poner a raya al devorador de tortas: - ¡Juan! ¡Todos tenemos que comer! ¡No es justo para el resto!-

El reto provocó no solo la risa generalizada de los presentes, sino también que Juancho merme en su voracidad y que la niña, visiblemente ofuscada por el jolgorio (sus cejas hablaban por ella) se marche a la cocina haciendo "puchero" y con un - ¡¡No es gracioso!!- muy sentido.

-Esteban, ve a buscar a tu hermana. Esos berrinches los debe de haber aprendido de ti...- murmura Diana, un poco molesta. Era verdad, Estu como le decíamos solía seguir poner en su rostro la famosa "trompita" a pesar de no ser un niño hace tiempo.

-Ah bueno ¿y yo qué? Siempre la ligo de rebote, isin nada que ver en el asunto! Bueno... mamá ok... pero guárdame algo de las fritas que estos

zanguangos parece que no han comido en una semana...- sugiere el hermano mayor de Ev, levantándose del sofá de un pequeño salto ante el abucheo del resto de comensales, dirigiéndose tras los pasos de la niña. Tú, mientras, los miras a través de la puerta abierta.

La pequeña se había puesto a dibujar, sentada con los pies cruzados, debajo de la mesa. Su cara denotaba el fastidio que tenía. Los lápices de colores desparramados en el piso como si hubiesen sido arrojados de su cartuchera bruscamente y una mirada desafiante a su hermano eran lo suficientemente demostrativos de las intenciones de Ev de aislarse del mundo. Pero que va... se sentía ofendida. Parece que un momento sus ojos se detienen sobre los tuyos. Mueves rápidamente la cabeza. No sabes si se dio cuenta que la observabas. Esperas que no.

-Bueno... cuando quieras... estamos todos en la otra habitación... no te enfades "sister"- balbuceó por lo bajo Esteban, con aire protector y ojos hacia el suelo. Se había arrodillado a unos centímetros de Evangelina, quien ni siquiera atinó a apartarse un segundo de su actividad, moviendo apenas la cabeza en señal de "está bien, déjame en paz".

En cuanto al resto, Pedro tocaba su Fender con un pedazo de torta frita en la boca. Un fragmento de las cuatro estaciones sonaba suavemente. Miraba de reojo a los demás a fin de notar si prestaban atención a la pieza. Se sentía orgulloso de lo que estaba interpretando ya que los dos días anteriores había estado todo el santo día con la partitura de Vivaldi y su intención era, al menos disimuladamente, que en la hora de la merienda se noten sus progresos sobre la obra. La mamá de Esteban fue la única en aportar algo de lo que el joven buscaba con un pequeño aplauso y estas breves palabras: -¡Bravo Pedro!... ¿es "La Primavera no?"-

El muchacho asintió con una sonrisa y siguió con sus dedos sobre el diapasón. Te acercas lentamente y dando una palmada en la espalda le dices: -¡Muy bien groso! En verdad Pedrito, seguí así. No sabía que se te daba lo clásico che-

Éste se alegra, sí. Sigue con la torta en la boca pero queda un poquito desilusionado, esperaba otra... retroalimentación el pobre. Entonces para demostrarle que no es un mero cumplido, lo miras fijamente hasta que sientes que de veras tus palabras tocan su interior. Recibes un guiño de

ojo izquierdo. Ahora sí te gusta.

-¡¡Gracias!! Je, es difícil pero se va llevando ¿viste?- añadió Pedro. Al fin. mostraba una alegría genuina. Es tan fácil dar un poco de tu tiempo, interesarse por algo que para una persona es importante, y notar el goce que al otro provoca, que debería hacerse mucho más a menudo. Con poquito obtenemos mucho... -Es muy jodido Pedrito, pero suena genial... ¡Siga adelante genio!- le dices, a lo que le muestras tu pulgar arriba mientras aquel rápidamente vuelve a posición la mano en pos de no interrumpir su tocata.

Mauro, mientras, parecía observarte. En realidad parecía mirar tu pantalón. Desde hacía rato. Con uno de los palillos que sostenía en sus manos te da un pequeño golpecito cerca del bolsillo derecho del jean. - ¿Qué es eso que te cuelga? ¿Un reloj de mano? Jeje, ino sabía que usabas esas cosas!- te dice, casi burlonamente. El chico se destacaba por su aversión a las cosas antiguas, desde todo punto de vista: renegaba de la historia, de la música de otros tiempos, de los artefactos antiguos, de las costumbres de antaño, etc. Nunca supiste el porqué de sus ideas. Quizás algún otro día se lo preguntes. Hoy el pulpo tenía mala onda.

Por supuesto no se trataba de una máquina de medir el tiempo. Aquel objeto se había convertido en una especie de amuleto para ti.

El relicario asomaba un pequeño tramo de cadena hacia afuera, por lo que había sido visto por el joven despertando su curiosidad. - No es un reloj Mauro... es... es solo algo que encontré tirado...- dijiste tratando de desvanecer el sentimiento de curiosidad de tu interlocutor.

El adolescente, por el contrario, tocó el hombro de Ana y dijo en alta voz: "Ani, chicos, digan a este pibe que nos enseñe ESO que tiene en su bolsillo, lo tiene escondido allí y solo dice que lo "halló" en la calle... o "choreó" a alguien, jajaja...-.

Captada la atención general, ocultando tu disgusto a medias, atinaste a

decir: - Nunca dije "en la calle"... no lo robé, y NO lo tengo escondido...-

Con las miradas en ti, no tienes más remedio que sacarlo a la luz y mostrarlo. Diana hizo un suspiro y llevó las manos a su cara, murmurando - Qué hermosooo!-.

Ana respondió con un -iiiGuauuuuu!!!- eterno mientras se acercaba agazapada lentamente a verlo.

Los demás chicos iniciaron la ronda de cargadas con frases del estilo - ¡Uyyyyy, se lo compraste a alguien, regalo para una chicaaa!...-, -Miralo al nene, con razón tan pensativo últimamente...-, -¿Quién es la afortunada? ¡Vamoooss largalooo!...-

Asumiendo el gesto más serio que fuiste capaz de colocar en tu semblante, agregaste: -No es mío, lo encontré en el piso de un bar. Es un relicario, un dije, sin foto. Simplemente me gusta tenerlo conmigo...-

La protesta airada de los varones insinuaba que tus palabras no los convencían, o en su caso, no eran lo que esperaban. En todo caso, no era mucho más lo que tenías para decir al respecto. O, sí...

Permaneciste unos minutos más inmutable mientras eras el centro del "show". ¿Quién no ha estado en medio de una situación tratando de cambiar el tema, sin obtener ni una pizca de resultado?

-Bueno chicos déjenlo en paz, y reanuden el ensayo que en hora y media viene mi querido esposo y uds. conocen su escasa tolerancia a los sonidos en altas frecuencias, elevado volumen o como deseen llamarlo.- dijo con tono severo Diana, mientras llevaba en su bandeja los escasos restos de comida que las pirañas humanas habían osado omitir de tragar. Le susurras un -¡Gracias!- a la pasada, camino a la cocina, a lo que responde con una dulce sonrisa. Otrora una hermosa mujer, seguía manteniendo en su mirada la picardía de una infancia lejana.

Bueno. La banda vuelve a sonar. ¡¡Al fin!! Las energías parecen estar a tope nuevamente. Observas sentado mientras tus oídos disfrutan de un cover de Burning Bridges:

"Listen, I  
Want you to burn my bridges down (down)  
I said I  
Want you to burn my bridges down (down, down)"

Alguien tira de tu remera. Ev a tu lado, de cuclillas. Nunca la viste acercarse, pero pues... estaba ahí. Hace un gesto como de querer decirte algo al oído.



## Capítulo 6

Cap. 6 – Ev

Te agachas un poco, acercando tu oreja izquierda a la niña. Supones que debe tratarse de tu inoportuna mirada “espía” cuando su hermano fue a verla a la cocina. Te intriga saber de veras si es solo eso u otra cosa.

Ella acerca lentamente su rostro al tuyo, llevando las manos alrededor de su boca, como si fuera a contarte un secreto de esos de los que nadie, por ningún motivo debería tomar conocimiento. Lo bueno es que confía en ti. La ternura e inocencia que lleva consigo es tan profunda que mima tu espíritu. Caricias al alma, dirían por allí. Tratas de prestar atención a pesar del barullo existente en la habitación.

Susurrando, te dice: “¿Puedo preguntarte algo?... ¿Algo importante?..”. Tú, creyendo que se trataba del episodio de la cocina, respondes, atajándote: “Ev, solo te vi debajo de la mesa y en verdad no escuché nada...” y sin poder terminar la frase eres interrumpido por tu interlocutora:

-No me refería a eso. Y mi mamá dice que si alguien pregunta siempre debo responder primero, antes de seguir con la conversación...-

El pequeño regaño recibido provocó no solo tu sonrisa, sino la certeza de la pertinencia de las palabras de la chica. Era común en ti esa actitud de adelantarte a lo que los otros iban a decir o expresar, más aún durante las conversaciones extensas, y sin atinar las intenciones de la contraparte en el ochenta por cien de los casos. Lo sabías, aunque te costaba el dejar esta especie de mala costumbre. Descartes te diría “escucha, luego existe”. Pero bueno, he aquí que una infanta con cara de ángel te lo chanta en la cara. Con toda la razón del mundo, ciertamente.

-Lo siento Ev, no quise... Ajum... ¿qué te anda pasando?- dices con la voz más dulce posible. Ella, mirando a tus ojos, clavadas sus pupilas en las tuyas, te hace una seña que acerques tu oído nuevamente mientras lleva sus manos a la cara a fin de no dejar escapar sonido a la sala. – Quería

preguntarte si... si crees que hay cosas... que uno puede ver... pero otros... otro no... ¿tú lo crees??-

Sinceramente no esperabas esa pregunta. Ni en un millón de años se te hubiera ocurrido que Evan iba a querer hablar de algo sobrenatural. ¿Lo habría visto en alguna película? ¿En internet? No tienes idea de dónde. Quizás algún documental de Discovery, mira mucho ese canal por lo que sabías. Tú también. Hay ciertos días que se la pasan emitiendo programas con esa temática. Ni hablar si lo sacó de Youtube: hay tantos videos, con miles de vistas incluso el más trucho. Es como si la gente tuviera sed de ello, de maravillarse de cosas que desconoce o teme.

Personalmente aseguras no creer en las cosas que la física o química no pueda explicar. Sin embargo has ido a ver... ¡si tú!... a algún famoso curandero de Villa Soldati, ¿o no?... te consta que hay gente con un nivel de maldad suficiente para intentar brujerías o "gualichos", entonces ¿por qué no aspirar que haya alguien que contra-reste eso?... Entonces, pues en caso de que te suceda algo extraño, buuuuu... como ver un fantasma, en vivo, real time, pues te aterrarias hasta la médula. Al carajo la serenidad y a correr.

Pero bueno, la facultad del ser humano para modificar solo verbalmente sus ideologías, al mero fin expositivo, cuando se encuentra con un grupo de personas y en pos de no afectar su ego, o de simpatizar con el resto, es bastante común; aunque no por eso deje de constituir un acto de hipocresía. Pero ante la niña, ¿podrías ser auténticamente sincero, aunque no sea por ti, por ella? No seas hipocrático, como dice Evan.

Sus ojos siguen cada uno de tus movimientos implicando que te estabas tomando demasiado tiempo en responder. Decides ahondar más antes de emitir una respuesta. – ¿Lo dices porque lo has visto en tele? O en la web, ¿verdad?... Pues verás creo que...- siendo nuevamente interrumpido con un dulce pero no menos rotundo "no" y un meneo de cabeza. Empiezas a creer que... bueno, ¡no sabes qué pensar! Quizás la niña recibió algún testimonio de un hecho paranormal, de un compañerito de clases... ¿alguna leyenda urbana contada por el abuelo? Don Eusebio solía tener siempre historias a mano para cualquiera que lo quisiese escuchar...

La niña sale un momento y te hace un gesto de que la aguardes un minuto, formando la T con el índice apoyado sobre la palma de la mano izquierda. Corre a asomarse a ver el paradero de su madre. Mientras, piensas...

En última instancia, incluso podría haber sido ella misma testigo de... ¡noooo!, no puede ser. Si le sucedió algo, o debiera haber sido en la escuela o su casa, pues no son muchos los lugares que Evan frecuenta. Descartas sin más el colegio, una amiguita de ella es hija de un íntimo amigo tuyo, y nunca escuchaste nada, ni una "a", al respecto. Cabe aclarar, a esa niña le dicen la "chusma" del aula.

En cuanto a la casa, desde siempre había sido propiedad de la familia Rocha, generación tras generación, sin indicio alguno de entes incorpóreos vagando por el lugar. Bisabuelos inmigrantes, abuelos panaderos, muy trabajadores todos, longevos, con muertes tranquilas y en paz. La pregunta estaba en ciernes: -¿Qué y dónde te pasó Ev?-

La pequeña vuelve al trotecito. Escucha tu pregunta. El dedo índice llevado rápidamente a la boca de la muchacha te indicó que bajaras el tono de voz. Se arrimó nuevamente y con voz casi ininteligible murmuró: "... en mi habitación...".

La quedaste observando sin saber que decir por unos instantes. Atinaste a asentir a duras penas con la cabeza sin poder ocultar tu cara de asombro. Te cogió de la camisa tibia pero firmemente. Tendió su mano mientras los ojos le relampagueaban en los tuyos: -"¿Nuestro secreto sí? ¿Pacto de caballeros?-

La miras. Su severidad contrastaba con su edad, tamaño, con su belleza y candidez.: "¡Pacto de caballeros medievales!" dijiste, y vuestras manos derechas se fundieron en un apretón que ni tú en ese momento asegurarías que duraría... por siempre.

## Capítulo 7

### Cap. 7 - Ring ring

De vuelta en casa, te recuestas vestido sobre la cama. Miras el techo con el fin que su monotonía te induzca a cerrar los ojos. Quieres descansar un rato. Ya casi no entra luz natural por los ventanales. El sol se ha marchado a dormir, y tienes toda la voluntad puesta en que sea tu turno ahora. Tu cabeza siente una pesadez que no permite que tus pensamientos circulen con normalidad. Tu mente se inunda de imágenes, todas ellas de vivencias del día. El café matutino, la reunión, la secretaria del jefe, la vajilla sucia, el colibrí, el ensayo, los rizos de Ev y su mirada... El relicario que aún se encuentra dentro de tu bolsillo.

Si, por eso estabas tan incómodo al voltearte boca abajo. Lo tomas y colocas sobre la mesa de luz, al lado del despertador digital que Jorge te regaló el año pasado. Por Dios, son recién las 20:17 hs. y quieres que el día acabe ya.

Escuchas tu respiración. Si... ya casi... esa paz previa a dormirte está tomando posesión de ti... instantes en los que te dejas llevar plácidamente al mundo de los sueños. La sensación tiene un no sé qué, como si abandonases tu cuerpo temporalmente. ¿Se sentirá algo semejante en la muerte? Quizás, salvo que en aquella no existe regreso. I'll be back diría Schwarzenegger en Terminator. Demonios, jaja, ¿por qué piensas en eso ahora?

Te regañas. No te gusta siquiera hablar una sola palabra referente a la parca, no por temor, es decir, es algo natural pues... es que tratas continuamente de evitar todas aquellas cosas que contengan negatividad / negación, ya que crees con certeza que si te rodeas de ellas, las atraes. Terminan alcanzando, directamente o no, tu vida. Por lo tanto, aborreces hablar de enfermedades, de pérdidas, de fracasos, de tristezas. Incluso cuando en conversaciones se empiezan a tratar ese tipo de aspectos, los rehúas, no dejas que te "atrapen".

En el momento en que tomas el celular que estaba por caerse del colchón, este empieza a vibrar. No era tu intención atender, pero sin querer tu dedo se posa en el botón equivocado y un "hola" sale emitido por el altavoz. No... no tienes otro remedio que contestar. Alcanzaste a observar el nombre de Pedro antes de acercar tu oído al BlackBerry.

-Si amigazo, cómo estás...- dices con una ronca voz que sonaba a estado de marcado letargo.

-Hola amigo, te quería decir... algo... en persona si tienes unos minutos... es importante... y por tanto... bueno... mejor decírtelo cara a cara... te dejé un mensaje en el fijo incluso...- aunque balbuceando, un tono severo en las palabras de Pedro denotaban vestigios de nerviosismo y no menos de preocupación.

Te molestaban en sobremanera los "anuncios" que no dicen nada. ¿Por qué no ir al grano? No, adelantarse a una declaración está de moda. "Tengo algo que decirte" "No lo vas a creer". Bueno, dadas las circunstancias, no hay oportunidad para planteos léxicos al respecto. Sin embargo, estás cansado y deseas que tu compañero te cuente por la vía actual los detalles (seguramente, al no poseer automóvil para movilizarse, iba a pedirte que te acercaras a tu casa... lo asumes bah...).

Un mal presagio, sin embargo, flota a tu alrededor.

-Pedrito, en estos momentos no puedo verte excepto que vengas al departamento, por favor decime de qué, quién se trata y qué es lo que pasa, al menos en pocas palabras. No te noto bien. Mañana tendremos tiempo de conversar este tema mientras tomamos un café, ¿quierés? Entiendo que... sea lo que sea puede tratarse de algo complicado de hablar por teléfono, pero no quiero tampoco quedarme sin saber de qué se trata...- le dices, en tono sereno, pero con un atisbo de drama disimulado. Querías una respuesta. No podías esperar.

- Ok...- refunfuñando Pedro, agregó – esteee... el hermano de Ana... Fede... ¿viste que a veces la alcanza a ella a los ensayos?... bueno... le...- parecía

no poder seguir hablando.

- Tranquilo, te escucho. Sí, re buen chico... ¿Qué le pasó?- agregaste a fin que se prosiguiera con el relato.

- ... le hicieron estudios, ¿viste?... tiene... tiene cáncer amigo... 23 años y tiene cáncer, en los pulmones... esa mierda... icarajo!... la mamá de Ana le avisó a... - cuando su voz comenzó a desvanecerse en el auricular.

Pedro seguía hablando, pero ya no lo escuchabas. Quedaste completamente estupefacto. Dejaste caer el celular. Lo miraste descender en cámara lenta y golpear el suelo. En realidad, el tiempo parecía dilatarse. No era incredulidad, sino la más dura conmoción.

Dios mío, toda la vida por delante. ¿Pulmones? Ni siquiera fumaba. ¿¿¿Cómo diablos...??? ¿Ana? ¡Por Dios! ¿Cómo estará?... ¿Y su madre?... Cielo santo, perdió a su marido por esa paria de enfermedad, y ahora esto. Pensar que renegaba de esa novela tan famosa en estos días, la de los dos adolescentes enamorados que sufrían cáncer. Odiaba la forma que según ella el autor jugaba con sentimientos y con el dolor propio de la enfermedad. "Se nota que no lo sufrió en forma personal" solía afirmar, enojada. Y nuevamente, otra lucha que se viene para esa familia, una dura batalla por delante.

Pero... no se rindieron antes, menos lo van a hacer ahora. Y no vas a permitir que lo hagan. Al menos los vas a acompañar. Por Fede, por Ana, por su mamá, por Don Ricardo a quien apreciabas mucho. Todos juntos. Van a pelearla. Tienen que poder, esta vez.

Ves a Fede, lo imaginas feliz, cantando el estribillo de su tema favorito, Sweet child o' mine, de los Guns...

No lo puedes creer. No... Nooo!

Aprisionas el relicario con fuerza sobre tu pecho. Hacerlo te hace sentir un poco contenido, por así decirlo. Lágrimas corren por tus mejillas. No puedes ni quieres detenerlas. Vuelves a mirar el techo. Luego de cinco minutos cierras tus ojos. Pides a Dios por ellos. No esta vez jefe, suplicas. No esta vez. Al fin el sueño te derrota.

## Capítulo 8

### Cap. 8 – Más ring ring

Despunta el alba. Te despiertas a causa de un rayo de luz que entra por la cortina, no cerrada completamente, dejando entrever un pedazo de cielo hacia el este. Atinas a obstaculizar la trayectoria de aquel, lineal y directa, con destino en uno de tus ojos, usando la palma de tu mano izquierda. El borde de la almohada donde reposa tu rostro se encuentra húmedo. Característico de ti el dormir con la boca abierta. Dos cosas sumamente positivas vienen a tu mente, en relación a esto último: no hay mal olor en el cojín, por lo que tu dentista viene cumpliendo al pie de la letra lo prometido con tus caries, y lo mejor de todo, ya hace dos semanas que no te auto-despiertas con tus propios ronquidos. Será que comes menos (pero no mejor, valga la aclaración), quizás la actividad física que aunque incipiente empieza a rendir sus frutos.

Te sigue afectando gravemente lo de anoche, aunque no quieres pensar más en ello por ahora. ¡Que enfermedad terrible! A estas alturas de la vida moderna, año 2016, y no existe una cura cierta. Pues, eso dicen los médicos. (... ¿¿¿la habrá realmente???...) No hay respuestas, justicia. Insoportable el dolor del paciente... y qué hablar de aquellos que lo acompañan en la lucha. Una mierda. La vida con fecha de vencimiento, el tiempo que arremete sin piedad ni pausa...

Aún faltan 23 minutos para que suene tu despertador. Si bien no tienes deseos de levantarte aún, sientes la certeza, más allá de tus pensamientos previos, de haber transitado una noche de sueño ininterrumpido. Al girar levemente una pequeña molestia cerca de tu entrepierna te hace figurar que... tal cual... idemonios!, otra vez te dormiste vestido.

Era de suponerse cuando no divisaste ropa desparramada en los alrededores de la cama. -¡Qué tipo holgazán!- piensas. Para respaldar incluso más categóricamente tu planteamiento sobre ti mismo, sencillamente observas tus zapatillas: sí, cordones atados, obviamente. ¡Lo eres eh!



La alarma del auto del vecino suena por 3 segundos, como siempre. Extraña costumbre del jirafón rubio aquel, es como si "dialogara" por un instante con su Audi, lo necesita hacer... idiariamente! Te colocas en papel de bufón: -Buen día amigo de cuatro ruedas y de considerable valor, que ayudas con tu semblante immaculado a que mi ego no decaiga a pesar del escaso tamaño de mi pene...- mientras el A5 responde con el mismo maldito sonido, cerrándose esta bella imagen con el primero dando una caricia al escudo como retribución. ¿Confraternidad real o pretendida?... Pelotudo. Relaciones íntimas entre hombres y autos, según dicen.

Te sientas en la cama. El viejo colchón, bastante hundido en su zona media, te empuja con su parábola hacia el centro del lecho. Las maderas que lo sostienen están un poco arqueadas. Bueno, mucho más que "un poco". Ja. Sonríes. - Colchón inteligenteee, quiere que yo siga durmiendo...- te dices.

Tomas el encendedor naranja de tu mesa de luz. Los Marlboro convertibles han de haber quedado en el bolsillo de tu campera, la cual como de costumbre descansa en el suelo.

Si. Tal cual. Te quedan solo cuatro en la caja. Bueno, ahora solo tres. Unas buenas pitadas matutinas no tienen comparación, excepto quizás aquellas emanadas con posterioridad a una buena cena, mmm, malbec incluido. Un verdadero placer.

Tu celular vibra. Le quitaste el sonido anoche. Conforme al color que emite el led se trata de un mail. Lo tienes configurado para que con un simple vistazo sepas de qué tipo de notificación se trata. Prefieres acabar con tu cigarro antes que revisarlo. Quizás una ducha caliente estaría genial para continuar. Te quitas la ropa con una mano. La arrojas sobre el viejo sillón de mimbre heredado de tu abuela. Al baño, derecho.

Abrir la lluvia y sentir el vapor rodeando tu cuerpo es algo que no solo abre los poros de tu piel, sino también tu mente... Al igual que el agua que sale del aspersor, los pensamientos fluyen en tu cerebro de una

manera que pocas ocasiones en el día ocurre. Es algo sí como liberador.

Pero... ¡Demonios! Olvidaste la toalla encima del placar. Bueno no es gran cosa, apenas tenías mojados los pies. De reojo observas el contestador del teléfono. Indica cuatro mensajes. Dos más que el día anterior. El aparato está programado para emitir en orden desde el más nuevo al más antiguo. Pulsas el botón para escucharlos y te diriges de regreso al baño con el suave y rojo paño colgado de tu brazo izquierdo.

Sientes el agua caliente recorrer sobre tu cuerpo. ¡Qué auténtica delicia! Tratas de escuchar los mensajes a pesar del sonido del aspersor.

-Piiip: Desde el Banco Santander nos comunicamos con el señor....- no te interesa, sigues trabajando con la esponja y el jabón...

-Piiip: Hola amigo... Soy Pedro... Emmm... quería contarte... algo...- sabes de que se trata. Te pones un poco triste. En tanto empiezas a enjabonarte el cabello...

-Piiip: ¡¡Heeeeyyyyyy!!... No te olvides del asadoooo amigoooo jajaja...- la voz inconfundible de Juan José, fastidiándote aún por tu "olvido" acaecido en la oficina. Un poco de espuma se metió en uno de tus oídos, enfocas pues tu cabeza al grifo para quitarla.

-Piiip: ... murmullos, se oyen varias voces enmarañadas de fondo pero una resalta sobre el resto aunque no logras comprender la2s palabras... oyes "más que una promesa"... los ruidos continuaron por unos segundos... "pronto...": una voz símil de locutor, gruesa, grave.

¿¡Que fue aquello!?- ... la duda puede más que todo el jabón aún sin quitar de tu cuerpo. Casi te resbalas al doblar la esquina donde el baño se une al living.

Las huellas de tus pies mojados sobre el piso se ven claramente. Secándote aún el cabello, presionas el botón para escuchar el último mensaje. Todo el ambiente sonoro de los primeros segundos del mismo se asemejaba a una vieja emisora radial de los 50. Un alboroto de personas conversando, algo de viento al parecer... todo extremadamente raro. En un momento dado las voces se acallaban como si fueran encerradas detrás de un vidrio o puerta, y aparece la voz, tan espléndida como la sentiste desde la ducha...- Usted... debería saber que ese relicario que tomó... sé que lo hizo... representó mucho más que una promesa de amor... lleva consigo la carga de una vida... Tenga cuidado... (se entre corta) volver... pronto...-

Quedas perplejo. Te sientas en la silla. Miras el contestador esperando respuestas. No las hay. No te has secado para nada bien, el agua que desciende de tu cuerpo moja todo alrededor. Apoyas tu cabeza sobre tus dos manos, tus codos descansando sobre tus rodillas. Cierras los ojos. No entiendes... nada.

En silencio dejas transcurrir unos minutos sin siquiera mover un solo músculo ni cabello. No reaccionas. Solo... quedas sumergido en la más profunda confusión... como cuando estudiaste la canción de Kosma ¿recuerdas?: 4 x 8, AABC, II V I y otro II V I, la re sol, do fa sostenido, si mi, esos bemoles en la bajadita en mi y en re, séptimas quintas y novenas, les feuilles mortes. Qué lío entonces. Ídem ahora...

## Capítulo 9

Cap. 9 – Mindmapping, casi

Esa noche fuiste a la cama sin cenar. Peor, sin comer ni beber N A D A. Pues claro, era evidente la causa de tu falta de apetito. Intestaste en esa larga noche dormir de corrido aunque te despertabas continuamente. ¡Cómo no estar alterado!

Por la mañana te despiertas transpirado. No solo tú, las sábanas y parte del colchón están húmedas. Tomas un poco de agua del vaso ubicado en la mesa de luz, lleno de burbujitas. Empiezas a recordar parte de tus sueños. ¡Qué manera de tener pesadillas! Hombres de voz ronca persiguiéndote. Altos y con espalda ancha como una heladera. Todos sin rostros. Vos, todo el tiempo huyendo. Te amenazaban. Corrías sin parar pero siempre te encontraban... nunca, nunca escapabas...

El relicario. Por éste pareces estar metido en un problema. Lo buscas con la vista. ¿Es que no está en su lugar? Giras tu cabeza y... lo hallas. Por supuesto, sigue estando en tu habitación.

- Amigo, los sueños son solo eso...- te dices, aunque sin convencerte.

No hay mails ni mensajes en el celular. Miras por la ventana el sol elevarse, buscando la parte más alta de la bóveda celeste. Shine, shine big star. Piensas. Se te cruza por la mente esa publicidad de I-Sat. El resplandor, the shining, de Kubrick, protagonizada por el genial Jack Nicholson y basada en la novela de Stephen King. ¡Que autor por Dios!

Siempre deseaste tener el tiempo de escribir. Desde chico. Por un motivo u otro nunca tuviste la oportunidad de hacerlo. Mejor dicho, nunca te la diste. Todo esto viene a que... ja, parece que estuvieras metido en una puta novela de misterio. Más allá de la sorna, es probable que intentar poner en papel lo que te viene pasando ayude a ordenar tus ideas.

Tal vez debieras empezar con... no sabes bien, ¿una libreta de bolsillo? Anotar en una forma clara, objetiva, los eventos acaecidos desde el

hallazgo del relicario va a servir. Sientes un escalofrío al recordar la turbación que te produjo aquella llamada. ¿Por qué no reflejar tus pensamientos al respecto? ¿Quién carajos era el tipo del mensaje? ¿Qué tendría que ver con Sofía? ¿Qué hay de cierto en lo que dijo? Patrañas, ni tú siquiera tienes que ver algo con la tal Sof... te interrumpes meneando la cabeza de izquierda a derecha y viceversa, exonerándote de responsabilidad alguna.

Recuerdas que tienes un anotador sin usar en alguna parte. En realidad tienes varios, porque a pesar de la evolución tecnológica no cambias por nada tu favoritismo hacia el papel. Desde la era de los smartphones uno tiende a apegarse a dichos aparatos como si fueran más importantes que su propia vida. Todo lo que un ser humano necesita está allí. Al menos esa imagen venden en sus publicidades y pues, muchos la terminamos comprando. Mejor dicho, creyendo.

Encuentras un block en el cajón de artículos varias "a.k.a" porquerías en el último cajón del mueble de la cocina. Piensas estrenarlo al igual que la Parker que te dieron hace unos meses al cumplirse diez años de tu ingreso a la empresa. Ja. Eso vale todo este tiempo dedicado a Magger Baires S.A., una cabrona lapicera con tus iniciales grabadas en una letra cursiva horrible.

Como arrancar. Te contiene cuando ibas a maldecir por enésima vez en la mañana. Ya es suficiente. Tomas la birome, la pruebas. Funciona. Tiene un buen trazo fino, y no mancha.

"Día 1: Relicario en el bar. Nadie observando ¿? Sofía.

Día 2: Mensaje en el contestad..."

Muy escaso de palabras, ipuaj! Además... el recado fue... si, iel mismo día!... ¿Cómo puede...? No hallas explicación. No una razonable.

Tachas y agregas:

“Día 1: Relicario en el bar. Nadie observando ¿? Sofía. Mensaje en contestador.

Día 2: Trabajo, sueño y bla bla. ---

Día 3: Descubres el mensaje del día 1. ¿WTF?”

No mejoraste mucho, ¿no? Más breve que patada de choncho, diría un primo tuyo. Te extraña que la alarma del despertador de tu teléfono no haya sonado. Este se encuentra a 20 centímetros del relicario. Lo dejaste allí luego de mirar si había notificaciones pendientes. Lo tomas. El reloj de arena girando indica que el Black está trabado. Raro, hace unos pocos minutos lo observaste y estás plenamente seguro que funcionaba perfectamente. Claro, es un BB. Lo reinicias de la única manera que para estos dispositivos funciona, quitando y volviendo a colocar su batería.

Es imposible quitarte la turbación de tu mente. Esa voz en el contestador y sus intrigantes palabras te colocó en un estado de angustia extraño en ti. Bueno, dadas las circunstancias, cualquiera lo estaría en este caso. ¿Sería el padre de Sofía? ¿Su novio o esposo? Más allá de eso, ¿cómo demonios pudo hallarte? No solo a ti, a tu número, que dicho sea de paso no figura en guía telefónica. Estuvo impreso, pero cuando te enteraste que podías sacarlo, pues pediste hacerlo. Siempre amaste el anonimato y al menos al chequear en la última guía tu número no aparecía. Es todo tan, pero tan extraño.

¿Y ella?... “lleva consigo una vida”... isi al menos hubiese sido un poco más claro! ¿La vida de Sofía? ¿De quién sino? ¿De su “amado”? Dios mío que tremendo lío.

Nunca debiste tomar ese relicario en primer lugar piensas. Y, una vez cometido el error de tenerlo en tus manos, era tu obligación haberlo intentado devolver. Doble equivocación. Y ahora esto.

Un tipo que Dios sabe si es un loco o qué, te amedrenta para devolver a quien sabe qué persona algo que ni siquiera nunca fue tu real intención poseer. ¿Cómo demonios vas a restaurar a su dueño/a el bendito relicario si no conoces nada de él/ella, por ende de su paradero?

En la libreta terminas haciendo un dibujito, estilo mapa mental o cuadro sinóptico... circulitos que llevan a otros, y que llevan a otros. ¡Mind map! Si si, tenías el apunte de Daphne Gray y lo aplicabas de vez en cuando. Conceptualmente perfecta tu idea, de lujo... salvo que en este caso, en cada uno de los redondelitos escribiste lo mismo: ¡Sofía! Mueves la cabeza negando, lo haces un bollo, y lo guardas en tu bolsillo.

-¡Maldición!- dices en voz alta. Tienes que vestirte o llegarás tarde a tu trabajo. Te espera un largo día allí. Tu cabeza es un vaivén de ideas sueltas. No hay orden, solo caos en tus pensamientos. Sería mejor lavarte la cara con el agua más fría que el grifo pueda despedir, intentar despejarte.

Lo haces. Sí, se siente un poco mejor. Te quedas mirándote en el espejo. Notas unas ojeras bastante marcadas. Te debes afeitarte. No tienes ganas. Te vistes. Cargas una carpeta, tu celular. Guardas el relicario en el bolsillo interior de tu abrigo. Decides ir a pie a la empresa.

Mientras caminas por las aceras ves los rayos de sol colarse por las ramas de los árboles. En los cables de electricidad cercanos a una gran palmera dos palomas juegan, realizando su cortejo. Descendiendo por la avenida, el cardumen de autos se detuvo varias calles más adelante donde un embotellamiento puso tope al avance de cualquier mortal sobre ruedas que se atreviera a intentar continuar su marcha. Costumbre muy porteña la de tocar bocina ante cualquier situación vivida al volante, ya

sea en el peaje, cuando el colectivo te arroja el bondi encima, los cadetes en sus motitos que te sobrepasan por todos lados, o el taxista te acorrala dejándote 5 cm para maniobrar: con más de 6 cuadras de vehículos detenidos, el ruido era ensordecedor. Insoportable.

Gracias a Dios ya estas llegando a la oficina. El imponente edificio repleto de vidrios espejados, que era asiento de varias firmas, se diferencia orgulloso del resto. Un mini Wall Street versión Argentina. Te diriges al ascensor derecho. De los tres, tu favorito. Saludas a Lucas (¿Giácomo era el apellido?), un simpático joven que trabaja en el cuarto piso para una conocida compañía de seguros. Llegas al séptimo. Cuando las puertas metálicas se abran tu día de trabajo arrancará oficialmente. Suspiras. Notas el papel arrugado en el bolsillo. Lo miras, lo doblas lo más prolijamente posible y lo vuelves a su lugar.



## Capítulo 10

### Cap. 10 – Office hours

De paso hasta tu escritorio saludas con una sonrisa a casi todo el mundo, excepto a el maleducado de Jorge apellido marca de valijas de viaje, quien tiene unos aires de grandeza que dan asco. En honor a su apellido habría que meterlo embutido como equipaje en una grande y enviarlo sin retorno a alguna isla del Pacífico repleta de canguros en celo.

Te preguntas quien es la persona ladrona de lapiceras. Esta vez dejaste a propósito una en tu escritorio, prestando especial atención de la ubicación exacta de no solo aquella, sino de todos los elementos de su entorno. La abrochadora, el mouse exactamente en el centro del pad, un corrector casi en diagonal sobre un block de hojas. Un papelito ingeniosamente colocado debajo del teclado de la pc.

Pues bueno, todo permanecía status quo, excepto... la birome, desaparecida como tantas otras. Muchas veces te culpabas de ser desordenado, pero es que tampoco eres un completo desastre. Alguien las tomaba como propias y necesitabas una prueba. Je, el resultado fue el previsto. No el deseado, obviamente. Ya está. El cajón con llave tiene varias más. Tomas una y sarcásticamente le das un beso mirando al cielo. A pesar de todo estas de buen humor. –Ojalá se le reviente en el bolsillo de la camisa o pantalón- dijiste en voz baja con cara de malo.

En alguna de las computadoras de los cubículos vecinos suena música. Espantosa. Ejem... Quizás estás siendo demasiado amable con la clasificación de tales sonidos, calificándolo como algo musical. Un asco. La percusión sin variaciones en cada maldito tema. Un analfabeto cantando una letra sin sentido. Y estos giles se llenan de guita. Te intriga algo. ¿Cómo carajos les reaccionará el cerebro da la gente que aprecia "eso"? Es decir, cuando su oído lo capta, no tienen una alarma interna que les diga que es algo muy... (no seas despectivo, vamos) ok, básico... ¿por decir una palabra?

Piensas unos instantes. La ignorancia vende. Es lo malo. Pero lo real en estos días. Un ídolo futbolístico responde en una entrevista televisiva que no sabe quién es Mozart. Claro, él escucha la misma mierda que emiten los parlantes de la pc vecina. No es novedad. Y así con muchas cosas más. A ver, normalmente se prefiere ver mujeres exuberantes semidesnudas bailando en un programa de tv nocturno a leer un libro. Ni hablar de aquellos otros, los de chismes que emiten las horas de la siesta. Su rating, en las nubes. Los cerebros de la gente que invierte su tiempo en tales opciones, en picada: con cientos de neuronas menos por día.

Pero se te vienen a la mente algunos ejemplos más. La falsa y funesta creencia que da una red social de ser alguien en la vida cuando a decir verdad solo le importas al 5 por cien de tus contactos. Perdón, "amigos". El resto es un mero... número. Un inútil engaño. Sin embargo, parece en cierto aspecto darle algo de felicidad a la gente. En una sociedad careta, la f azul manda. Cuántas veces cerraste tu cuenta por algún chisme, comentario, enojo u lío por el estilo. Pero otras tantas la reabraste. No eres el único, no es novedad. En su caso, te quedabas "afuera" de parte del mundo social. Te guste o no, es lo que nos toca vivir hoy en día.

"Esteee... -monologueas con vos mismo- no dramatices tanto querido. Estás trágico hoy, meditando demasiado. A trabajar un poquito a ver si aclara el mambo, por favor". La lista de mails entrantes es larga. Incluso más que lo habitual. La sangre se te hela cuando en la columna de remitentes ves el nombre "Sofía". Es la secretaria de compras de una firma clienta, no hay por qué sobresaltarse. Sin embargo te sorprende haberte puesto en ese estado psicótico. "¿Sugestionado ah? Nada que verrrr" – eres sarcástico- Empiezas a creer que ya es demasiado y que debes tomar otras cartas en ese asunto. "Uffff – suspiras y te dices- Ok ok, un buen café sería el paso previo, oh sí, ideal para recuperarme"

Se acerca Julián, el chico nuevo, con una pila de papeles en sus manos.

- ¡Hola! ¿Cómo arrancamos la mañana? - dice con su voz chillona.

- ¡Buen día! ¿Qué te trae por estos lados Julián? Espero no tener que ver con lo que traes allí... - le dices con una sonrisa apuntando con uno de tus

dedos a las hojas que sostenía.

- ¡¿Ehh?! ¡Nooo, jeje! Son para fotocopiar. Era por algo personal ja. Quería consultarte si conocías a unos chicos que tienen una linda banda, con unos videos en youtube, se llaman creo Puerto Rojo, se juntan a ensayar sobre la calle... Garibaldi creo. Yo vivo más o menos cerca, por el barrio digamos. Me parece que te vi entrar allí hace dos o tres días. ¿Puede ser? ¿Eras vos o estoy diciendo cualquiera? - preguntó con timidez.

Te sorprende la pregunta, agradablemente. Así que los chicos tienen videos y no tenías la más pálida idea. Qué loco. - Si Julián efectivamente era yo ¡ja! Qué bueno que te guste su música. ¿¿Los conoces en persona?? Son buenos pibes che... - respondes alegremente.

Apoya sus hojas previa seña de "¿puedo?" en un rincón de tu escritorio. - ¡Si! Suelo escucharlos, incluso a veces al pasar, y en verdad me parecen buenos.- arquea las cejas- Hay una chica que canta, y guauuu, amo su voz... - agrego moviendo ambas manos simulando tocar notas en una imaginaria guitarra.

- De acuerdo, coincidimos – chocas sus manos- ¡la voz de Ana es de otro planeta! Es una piba sensacional aparte. ¿Vos tocás algún instrumento? - dices tratando de adivinar la dirección de la conversación iniciada por el chico.

- ¡Si que esa voz lo es! – parecía no haber escuchado tu pregunta- Si, yo toco, algo, viste ja. Todo esto venía a que si llegaban a necesitar un tecladista o guitarrista rítmico... No sé... ¿Les podrías pasar mi número de celular por las dudas?... Sin compromiso eehh... - la voz suena entre cortada y su cara ruborizada. Debe ser un buen chico. Cree que te está pidiendo un favor enorme cuando no es nada.

Le palmeas el brazo. - ¡Por supuesto capo! No hace falta más. Somos amigos y no es poco habitual escucharles mencionar ¡lo interesante que les sería agregar un instrumento más al grupo! Yo me encargo –le guiñas

el ojo- pasame el celu... -

Su rostro... No, más que un gesto lo iluminó. La expresión corporal de Julián parecía la de un niño esperando en noche buena el regalo de Santa Claus. Te dio en un papelito el número. Estrechó tu mano fuertemente. Sonreía. Solo... sonreía. -¡Gracias!... Gracias, ¿sí? ¡Hasta luego! - finalizó. Faltaba que te abrace. Menos mal que no lo hizo, JJ los observaba y te hubiera cargado una semana.

- De nada genio, nos vemos... - le dijiste tratando de quitarle momentum a la situación; sin embargo hacer a alguien tan feliz con tan poco es algo que se disfruta. Sencillamente estuvo muy bueno.

Recuerdas aquello de Ana. Por lo que está pasando. ¿Cómo se sentirá hoy? Debes llamarla. Sientes un resquemor en el pecho al pensar en la cruz que carga. No lo piensas dos veces. Tomas el celular: uno de los primeros contactos que ves en la agenda es el de ella. Llamas. El ringtone de "Skinny Love" está sonando, así que esperas que te atienda. La música se detiene seguida de un corto

- Hola...-

Aspiras profundo y empiezas a hablarle: - Hola Ani, soy yo... quería saber cómo estaban ustedes, si necesitan algo... - no sabés qué decir - mañana me doy una vuelta por la tardecita, así los veo...-

Ella, con voz calmada pero rota, te dice: - Gracias amigo, de corazón... estamos como podemos ¿viste?... todo es tan doloroso, tan... no es fácil de explicarte... Estamos mal si, pero en su interior mi hermano debe sentirse peor que todos nosotros... - llorisquea - es tan injusto esto, tan injusto...-se escucha su sollozo...

Tratas de mantenerte fuerte, pero es tan jodidamente difícil. Tu respiración se altera y te cuesta hablar, pero no quieres que ella note tu

pena. Secas con un pañuelo tus ojos, respiras nuevamente y finalmente hablas: - Ani, va a salir adelante. Es fuerte, muy. Un toro. Ama vivir y los ama a ustedes. Vamos nena, vamos... apenas salga del laburo paso por donde ustedes, ¿si? Espérenme con el Gancia con limón je... - tratas de robarle una sonrisa -

No la ves, pero sabes que lo logras. - Siempre con tu Gancia y los maníes pelados, que loco sos... te esperamos, le digo a mi bro, está en el doc ahora organizando su itinerario por los próximos meses viste... Te quiero ami, te quiero de verdad... te dejo... - vuelves a percibir que está llorando-nos vemos mañana...-

Entendiendo la situación, aportas: - Dale Ani, yo también los quiero mucho, besos che-

Se escucha apenas -besos...- Corta. Estás tratando de repeler todo el líquido acumulado en tu nariz. Has empapado el pañuelo gris con tus lágrimas. Se siente horrible todo esto. Ojalá fuera hoy, ahora, el momento de estar con ellos.

Pero no puedes. Miras el monitor de tu pc. El informe mensual vence mañana. Intentas una versión pobre de "borrón y cuenta nueva". Bueno, no hay otra. Manos a la obra.

# Capítulo 11

## Cap. 11 – Logística de visitas

El jefe merodeando alrededor de la oficina. Se trata del sagrado arte de fisgonear solía decir tu abuelo. Afortunadamente el reporte de ventas avanzaba bastante rápidamente. Estas en uno de esos días en que las cosas (laboralmente hablando) marchan por un tubo. Incluso ordenaste la cajonera a la que siempre prometiste reestructurar y jamás, hasta esta tarde, habías tocado. Por lo tanto, una vueltita por Google para buscar info sobre relicarios no te vendría mal para despejarte.

Pero, ¿qué demonios escribes en el buscador? "Relicario maldito"... no no, mejor "relicario significado". O... ¿incluyes la palabra "Sofía"?. Sonríes. Te sientes algo delirante. Hallas algunas definiciones poco interesantes. Bueno... Inútiles para ser franco. Nada que aporte. Aparecen algunas historias de medallones malditos. -Uhhh ¡qué miedo!- piensas sarcásticamente. Sea como sea, la llamada existió y el maldito mensaje en el contestador es real. Solo te falta descifrar el resto de la "historia".

Quizás hoy al salir del trabajo vayas a ver los chicos de pasada. Una personita tenía que contarte sobre algo, ¿recuerdas? Sellaste un pacto, no lo olvides. Je. Asimismo, quieres ver a Ana. No contesta casi ninguna llamada, incluso al parecer cerró su cuenta de whatsapp. Debe estar sufriendo bastante. Asimilando todo... que va, tratando de hacerlo. Hoy ensayan. Aun cuando ella no asista el resto debería tener más certezas de la vida de tu amiga que vos. Seguramente.

Cosas como el cáncer, o mejor dicho pensar en mierdas como esa, te ensombrece. Palideces. Entrás en un estado de congoja mezclada con una especie de furia con la vida. Y lo sabes, vivir precisamente no tiene nada que ver con la muerte. Son opuestos. Pero te resientes de tal manera que te parece imposible evitar pensar de otra manera. Esos minutos, incluso horas, en que te amigas con tu lado oscuro te sientan estúpidamente necesarios. Siendo una persona positiva, y fiel a tus principios, es absurdo que te traiciones apagándote de esa forma. La similitud a un agujero negro espacial se te aplica perfecto. Dejas ir la energía buena (sencillamente la expulsas) y absorbes toda la luz a tu alrededor: se te

nota y mucho.

Tu cuerpo reacciona de la misma forma. En igual dirección. El gesto pasa a ser adusto, tornándose amargo. Los ojos se pierden en el suelo, la mirada esquiva. Tu boca se queda muda, creando un cerrojo infranqueable. Dejas caer los hombros, las manos pierden agarre, fuerzas. ¿Por qué dejas que pase? Ese no sos vos, para nada, y sin embargo pareces sentirte cómodo ante "su" presencia. Busca sombras y a oscuras terminarás. Simple.

Afortunadamente para ti, todo tiene final. Las horas han pasado volando. Has trabajado bien hoy. Te sientes conforme. Es casi la hora de marcharse a casa. Un café cargado sería el punto de partida para reponer buenas vibraciones. Al menos te va a despertar un poco. Te diriges a la cocina. Ya prácticamente eres otro. Regresando desde tu catarsis mental, de vuelta al mundo físico... a la mal llamada realidad. "Recalculando". Próximo destino, la casa de calle Garibaldi. Es un bello día para marchar caminando, con una suave brisa que viene del noreste. Apoyas la silla contra el escritorio, apagas solo el monitor: día de backups, dejas encendida la computadora. Una última mirada. Todo parece correcto. Te retiras.

## Capítulo 12

Cap. 12 – Ev y Sofía

El torrado te cayó demasiado fuerte. El exceso de cafeína en tu organismo no solo acelera tus pasos y tu corazón, sino también trae aparejado un reflujo estomacal extremadamente molesto. Bueno, hay cosas peores. Disfrutas el caminar bajo la arboleda de olmos que ciñe el trayecto.

Aproximándote a la casa de tus amigos, ves la silueta de una niña sentada en la vereda observándote. Si bien estas aun a una cuadra de distancia, es Ev. Estas seguro. ¡Si! En este momento te saluda con su manito derecha. ¡Qué sonrisa tan encantadora tiene! Hoy tiene un vestido blanco puesto. Le sienta muy bien. Y esos cabellos movidos por la brisa la hacen ver radiante. Una princesa. Más bella que la de cualquier historia medieval y más dulce que cualquiera de las de Disney.

- Holaaa! Te estuve aguardando estos días - dijo con su suave voz.

- ¡Buenas bella damita! - te sientas a su lado - ¿Cómo estas? Si en verdad he retrasado algo mi visita. ¿Me estabas esperando?- sabias la respuesta, pero formulas la pregunta de todas maneras haciéndote el distraído.

Te mira a los ojos. Los suyos se ponen relampagueantes. Baja la vista. Te dice: - Podría decirse que me parece que hace una semana que no vienes... Pero no paso tanto ¿no? Es que quería hablar contigo y...- quedose en silencio, apagando su voz.

Le tomas la mano. Tan pequeña. Te la sujeta fuertemente. Notas que de repente parece estar triste. Apoyas tu mentón en sus cabellos rubios. - Perdoname Evu, no me había sido posible venir antes. Sé que me necesitabas,-frunces el seño para dar solemnidad a las palabras- y que tenemos un pacto. Disculpas princesita. ¿Pasamos adentro? -



Recibes un seco -¡No!- Habías tomado impulso en las piernas para levantarte pero sus manos te detuvieron con esfuerzo. - Si entramos, "ella" puede oírnos. Mejor quedémonos aquí... - te dice susurrando, como con resquemor a ser escuchada.

Sonríes pero apenas. No quieres que ella crea que te burlas de sí. Le respondes, bajando el tono de tu voz. - Está bien, si no deseas que tu mami nos escuche...-

Te interrumpe. Continuaba mirando a sus pies. - No hablaba de ella- Levanta la cabeza. Te observa. Esta pálida ahora. No entiendes a quien se refiere.

Adivinas: -¿Ana esta acá? No creo que se ocupe de escuchar nuestras...- pero nuevamente Ev detiene tus palabras:

- No es Ana...-

La nena nota tu cara de perplejidad. ¿Quién podría estar dentro de la casa? "... te conoce..." Que sepas Ana y Diana son las únicas mujeres que puedan intercambiar alguna palabra de ti. Aparte de, obviamente, tu interlocutora.

- Bueno parece que hay una persona media chismosita que espía, ijeje! A ver... ¿la conozco? - niega con la cabeza- Ok, ¿me conoce? - responde con un gesto, afirmativamente- Mirá vos, je. Y ¿te habla acerca de mí? - continuas, bastante intrigado.

Ella observa como una ráfaga de viento mueve bruscamente las hojas del árbol bajo el cual se cobijan de los rayos del sol. Parece distraída, pero no lo está. Para nada. Apoya sus brazos en sus rodillas. Te dice: - ¡Es tan bonita! ¡Y le gusta usar vestidos! Pero a veces dice cosas tristes. Vos,

creo, - se sonroja- le agradás mucho...-

Increíble. Una mujer (¡mujer!) bella a quien le interesas. En primer lugar, pides al cielo que Evan no esté equivocada. En segundo, la chica debe tener graves problemas visuales. ¡Jajaja! Te diviertes de tu propia humorada.

Agregas: - Pues qué raro que ella no me lo dice en persona ¿no? Je. ¿Ha de ser tímida quizás?... - no sabes que más intentar para que sin demostrar mucho interés la niña te diga de quien se trata.

Mira a la puerta de entrada de la casa. Pareció que iba a abrirse. Pero no. Falsa alarma. - No creo que pueda. Está mucho tiempo en mi habitación... - vuelve su cabeza hacia la puerta, que vibra con uno de esos pequeños remolinos que se forman instantáneamente.

Te imaginas alguna niñera o mucama, lo cual igualmente sería rarísimo en tanto Diana pasa según sabes todo el día en el hogar. No soportas más la duda. - Vamos preciosa - le haces cosquillas debajo de los brazos, jugueteando - ¿¿me dices quién es?? -

Sus ojos vuelven a brillar. Un haz de luz solar golpea su frente. Te pide que te acerques. Mira por doquier evitando intrusos. Te susurra: - Me dijo que si preguntabas por ella, que solo mires el nombre dentro de...- y tocando el relicario que asomaba por tu bolsillo izquierdo del pantalón, se puso de pie y tomando tu mano te invitó a pasar.

## Capítulo 13

### Cap 13 – Horacio

Un -¡Holaaa pichón!- lleno de energía te recibe desde la cocina. La voz inconfundible de doña Diana resonó en el living mientras te saludaba agitando su mano alegremente. Llevaba un delantal celeste cubierto de algo que parecía ser harina. Mmm ese aroma. Si está haciendo tortas fritas es porque... ¡es día de ensayo! Un clásico. ¡Y que delicia!

Ev aun no te suelta tu mano derecha. Te mira a los ojos sonriendo. Tus sentidos emergen nuevamente, percibiendo la sinfonía N 25 de Mozart que musicaliza la sala.

La niña se sienta. Te hace una seña para que te acomodes en la cabecera de la mesa, junto a ella. El "ya voy" de su madre la inquieta un poco. Parecía querer estar más tiempo a solas contigo. Se levanta y se te acerca.

- Nadie sabe que hablo con Sofía. Nadie, excepto vos. Y solo porque ella me dijo que podía hacerlo contigo. Es muy buena... Es re bonita, ya te lo dije lo sé. Tiene unos ojos verdes fuaaa... De ese tono que se ve en las playas de las películas ¿entendés? La nariz pequeñita y perfecta. Y su voz, es muy muuuuy dulce. La gente dice que cuando algo suena lindo es dulce, para mí el azúcar y el chocolate lo son. No entiendo, pero se dice así ¿no? Se porta muy bien conmigo ¿sabes? Y hablamos de muchas cosas. De las mías, de la escuela, de mi papá que se fue con Dios; y también platicamos de las que les han pasado a ella. Ha sufrido mucho. Pobrecita. La han tratado muy mal durante años. Eso me dice... y en verdad le creo... - alcanzó a decir Ev cuando su mamá llegó al living con una bandeja repleta de deliciosas tortas.

Doña Diana te saluda con un beso esta vez, mientras te ofrece servirte de sus espléndidas masas recién salidas del horno: -¡¡Querido!! ¡Te estábamos extrañando! ¿Qué ha sido de tu vida?-. Ante lo relatado por Ev tu hambre se había desvanecido, sin embargo el desprecio que para aquella significaría el no tomar bocado era suficiente para acceder a

comerte una al menos. Además, claro, ieran riquísimas!

La pequeña había tomado una lapicera y se dibujaba notas musicales en su mano derecha. Era zurda, pero solo para escribir y tomar los cubiertos para comer. Su cariño por la música tenía parte de su motivo en lo que mamaba en su casa. Cogió una torta frita y se mantuvo en silencio mientras Diana y vos conversaban. Todo el tiempo permaneció atenta, aunque simulaba estar distraída en las negras y corcheas que ya llegaban a su muñeca. Al levantarse su madre de la mesa, te dio un golpe de vista y dijo: - Mamá, le voy a mostrar mis dibujos en mi cuarto, ¿sí?-

Diana respondió: - Hija que bueno, pero ¿no crees mejor traerlos aquí así toman algo algo calentito?-

-No mamá, tu sabes que quiero que alguien...- y señalándote con la lapicera mientras te tomaba con la otra de tu camisa: - ... especial como él, le dé una mirada antes de mostrártelos... ya te lo he dicho ma...-

-Bueno Ev, si el caballero accede está bien...- acotó sonriendo la sra. - Qué rápidos son los chicos de ahora ay ay ay - se dijo en voz alto ya dándoles la espalda, aprestándose a retirar otra tanda de tortas fritas de la olla.

Evangelina te llevó a la rastra a su habitación, te hizo sentar en el banquito donde normalmente posaba su caballito alazán de ojos saltones y orejas caídas, el que dejó apoyado en su regazo en tanto se ponía como chinito en la cama.

Mientras le acariciaba las suaves y perfumadas clinas, emprendió el relato de lo que según ella había sucedido:

- La empecé a escuchar primero, pero no la veía. Hablaba bajito. Yo hasta pensé que soñaba al principio, porque siempre la oía por las noches muy tarde. ¡Nos hicimos buenas amigas! Yo le contaba de mi día, ella de sus

cosas. ¿Sabes? Me contó que solía ser taaan feliz. Vivía con un hombre, su esposo, y eran muy compañeros. Solían estar todo el tiempo juntos. Me contó que Horacio era una persona amable, gentil, dulce. Que se comportaba como un verdadero caballero, hasta en los más pequeños detalles, ya sea abrirle la puerta de acompañante en el auto o trayéndole rosas y chocolates el día menos esperado. A veces el llamaba al teléfono ubicado en la bonita casa que compartían cerca de los bosques de Palermo, desde la oficina de aquel e incluso en las horas pico de trabajo, solo por unos minutos, para decirle que la amaba o extrañaba. Oh si, el rostro se le iluminaba a Sofi al recordarlo. "¡Sí que fui feliz!" decía... - asentía con su cabeza mientras proseguía con el relato.

- Sin embargo, las cosas cambiaron en unas pocas semanas. El humor del marido comenzó a cambiar repentinamente. Tendía a aislarse. Dejaba las conversaciones a medias. Su mirada se perdía. Según mi amiga, era como si su cuerpo permanecía ante ella, ¿viste como los zombis?, pero su persona simplemente desaparecía. Ella me quería explicar, pero yo no entendía... decía Sofía que no era una mera ausencia, sino algo peor, más triste. Era como estar frente a la muerte misma...- se miraba sus manitos, trago algo de saliva y continuó.

- Incluso planeaban tener un bebé. ¡Tenían elegidos los nombres en caso que sea varón o mujer! ¡Qué tierno! - te da una palmadita en la rodilla - pero todo... de golpe... todo se desvaneció... como un castillo de arena al ser golpeado con una ola, dijo Sofi..." -unas lágrimas rodaron por las mejillas de la niña.

Eres cauto con determinadas cosas. Todo este embrollo, cada momento que pasa, se torna más irreal, pero... a ver: ¿cómo inventaría Ev una historia así? En caso que haya surgido de su imaginación, también debiera ser buena actriz para respaldar con emociones sus dichos. Demonios. Empiezas a creer que cualquier alternativa podría ser posible. A pesar de tus dudas en ningún tiempo quitaste una mirada de ternura hacia tu interlocutora. Se está mordiendo las uñas. Las alejas de su boca lentamente. Te aproximas a la niña. La intentas abrazar para confortarla.

Te aleja con sus manitos y te observa angustiada. -Él le hizo cosas muy malas. Muy malas. La culpaba de todo. Inventaba cosas. Le ponía insectos en su cama. ¡Bichos puaj! Sí, mientras ella dormía. Los últimos días Sofía no podía conciliar el sueño siquiera. Le temía horrores. - a Evangelina le

costaba mucho continuar- Ese hombre le empezó a pegar. Cada día más. La golpeaba hasta verla derrumbarse como una torre, y... luego... la hacía limpiar la sangre del piso con su propia ropa... No quería que el parqué se ensuciara. Él se había convertido en una bestia...- la muchachita rompió en llanto.

-Calma Ev, está bien, calma- le acaricias sus manos. Ella sigue sin permitirte acercarte más.

Te interrumpes: -No está bien, ¡no! Él... Él va a ir detrás de ti... Sabe quién sos, se entera de todo- se tapa la cara con las manos -...¡¡¡tengo miedo que te haga algo!!! ¡¡¡Que te lastime como a Sofía!!!- y lanzándose sobre ti, te abrazó fuertemente.

Estas anonadado. Tratas de salir al paso con un -Tranquila Ev, por favor...- pero por dentro la incertidumbre te carcome. Te viene a la mente el llamado. Aquella voz en el teléfono. ¿Horacio? ¡Bahh! Por el amor de Dios, ¿¿cómo tiene que ver todo esto con ese relicario hallado en un bar??

En los segundos que transcurren hasta que Ev recupera el aliento, no te es posible salir del aturdimiento. Intentas que la niña se sienta mejor. No quieres ni te interesa otra cosa ahora. Le acaricias su cabello. Está suave como seda y tiene un rico olor a una popular colonia infantil. Su cabeza continúa sobre tu pecho, mojado por sus lágrimas por cierto. El lunar ubicado en el centro de la parte posterior de su cuello asoma tras el manto dorado sujetado por el colero. Alcanzas a percibir que murmura unas palabras.

-Perdón Ev, no te he escuchado, ¿qué decías?- le dices en voz baja, notando los pasos cercanos de la madre de ella.

Te aprieta los dedos índice y mayor de tu mano izquierda, los que tenía aprisionados como tesoro desde su sollozo. Te ve a los ojos:- Te quiero

mucho... Eres mi mejor amigo... prométeme que te vas a cuidar ¿si?...-

Su ternura te atraviesa el corazón. O mejor dicho, lo llena. Es una dulce. Una gran persona ya, aun siendo tan pequeña. - ¡Yo también te quiero Ev! No te preocupes, me voy a cuidar por vos y por mí, ite lo prometo! - y le diste un sonoro beso en su frente.

Golpean la puerta. Doña Diana fiel a su costumbre, con una bandeja en la mano. Que mujer más servicial. Trayendo dos tazas de chocolate. El olorcito inunda tus pulmones. - Permisoooo, les traigo algo calentito y rico así no se les seca la boca de tanto conversar jajaja!!!- dijo sonriendo. Ev pasó sus dedos una vez más sobre sus ojos intentando borrar las lágrimas. Sus ojos permanecían hinchados, pero no lo suficiente para que su madre desentrañara su estado anterior.

- Qué te parece Evan! Menos mal que apareció tu mami porque sinó entre lo que comimos y charlamos estábamos al horno ije! La garganta seca, ¿no crees? - comentas mientras ella apenas asiente con su cabeza - ...mmmm ¡¡qué bien huele...!!- agregas mientras tocas el hombro de la niña intentando darle ánimo. Con la otra mano le alcanzas la taza del dibujo de Winnie the Pooh.

Luego que su madre se retira, "procurando no seguir interrumpiendo" según sus dichos, quedan los dos degustando el chocolate. En silencio. Sus miradas se cruzan a veces, aunque la mayoría del tiempo ella mira el suelo. Le sonríes, pero por dentro... estás peor que Evan. Minado de dudas, de ansiedad. Y por qué no admitirlo, con algo de temor.

## Capítulo 14

### Cap. 14 – Visitando a Ana

Diana hizo cambiar a Ev y se la llevó a hockey, deporte que la niña practicaba desde hacía un año, dos veces por semana. Al parecer le gustaba bastante. Papá Noel le había traído el stick y la bocha la última navidad.

Fuiste hacia el fondo a saludar a los chicos. Estaban tocando y a todo volumen. Mauro, Esteban y Pedro hacían una jam. Ana no estaba, como era de suponer. Te saludan pero sin dejar de tocar sus instrumentos. Es que en verdad estaba sonando lindo. Te sientas unos minutos en el banquito pegado al Marshall gigante de Kovasevic. Hoy está con un sonido más crudo que el habitual. Está bueno igualmente.

Recuerdas que prometiste pasar por lo de Ani. Simulas como que recibes una llamada en tu celular, sales afuera a hacer nada, y nuevamente entras a hacerles un gesto a los chicos en señal que debías marcharte. Te contestan con un mini abuceo, en señal de protesta. Les muestras desde la puerta un papel donde tenías anotado los datos de Julián, lo señalas ante ellos para que quede claro que es algo importante y lo dejas sobre la silla de plástico más próxima. Antes que nada debes pasar por el departamento a dejar unos papeles de la oficina, que traes contigo y no son nada livianos.

Caminaste lentamente, pensando sin pensar. Finalmente llegas y al abrir la puerta pateas un sobre de la empresa de teléfonos e internet. Si si, otra cosa para pagar. Cogen un vaso, lo llenas de agua fresca y vas directo al sofá, a desparramarte sobre éste.

Dicen que ninguna realidad es tan terrible cómo la que imaginamos en nuestros sueños más utópicos. ¿Pero qué hacer si en verdad tu vida se está convirtiendo en una pesadilla? Cielos... ¡A cuántas personas les pasa de hallar algún objeto perdido y nada! ¡Ni tienen remordimiento! ¡No les



cambia un segundo su vida siquiera! Pero claro a vos te pasa esto. ¿A quién ibas a devolvérselo? ¡Por Dios estaba tirado en un bar! Mientras sigues intentando justificarte, tu cabeza parece explotar.

El sofá cruje al tirarte hacia atrás. El vaso ya está casi vacío en tu mano izquierda. Te acaricias la barbilla con la derecha. Tienes los ojos abiertos pero la mirada perdida. Observas el bamboleo del péndulo dorado de ese viejo reloj, heredado de tu abuela, que tanto te costó atornillar en la pared.

Mientras navegas por ese mar agitado de conexiones nerviosas, tratas de controlar tu respiración. Oh si, al menos algo de técnica de yoga aplicada. Inhalas lentamente, empujando el diafragma hacia abajo, llenando tus pulmones de aire. Panza, no pecho, como decía tu profe de canto. Exhalas despacio. Lo repites y una y otra vez. Paciencia vamos...

Un poco mejor ¿no? Suena el celular. Te fijas quien es. No tienes deseos de atender. Se trata de Pedro. Quizás sea por algún papel suelto que te olvidaste en su casa. Luego verás. Por un momento tu atención sobre lo acaecido en casa de Ev se desvanece. Quizás sea alguna novedad sobre el hermano de Ana. Igualmente, no atiendes. Desde que se supo lo de ese cáncer lo único que han corrido son palabreríos vanos. Ninguna certeza. Pero tampoco una sola palabra de esperanza. Es difícil, pero te terminas cansando de escuchar sandeces, no conducen a nada pues.

Recuerdas una conversación tenida con el papá de Ani, tiempo atrás. Era un hombre enorme, calvo por decisión ya que no toleraba las canas, atlético a pesar de sus años, con una voz ronca e inconfundible. En una época pasabas de visita por lo de tu amiga bastante seguido. Tras haberse peleado con el amor de su vida, necesitaba y mucho de la compañía de sus amigos. Al parecer, luego de tres años y repentinamente, el chico "descubrió" que tenía sentimientos no correspondidos con los de ella, por lo que había decidido romper. Ana había pasado de estar en el corazón del muchacho a entrar en "su" círculo de amigos, y ella no saldría jamás de éste. Puras mentiras, el muy hijo de puta la engañaba desde hacía tiempo, y con más de una chica. El amor enceguece a veces...

Bueno, punto aparte. A ver... Si, Ana te había hecho pasar al living donde se encontraba su papá, quien miraba la tv. Un partido de fútbol. Te saludó con un "buenas" estilo ladrido de San Bernardo, grave y seco. No querías siquiera acercarte al gran sillón beige donde aquel se hallaba sentado, con un brazo apoyado por encima del respaldo. Le tenías algo de miedo, sin saber bien el por qué. Era muy serio, era un motivo quizás. Don parecía estar absorto en el juego, pero sin embargo te sentías igualmente observado por él. Ana fue al baño a maquillarse y dijo que "enseguida regresaba", por lo cual... pues te quedaban varios minutos por delante. - Dios, de qué voy a hablar...-pensabas.

Pasaron casi tres minutos sin que se sintiera una mosca excepto por el relator del match. Para tu sorpresa, el hombre quebró el hielo. Te invitó a sentarte y te consultó si querías algo de beber. Contestaste que no, aunque tenías bastante sed, con el fin de no molestarlo. Te reitera con un gesto para que tomes asiento. A regañadientes te inclinas y apenas apoyas tu trasero sobre el borde del sofá. Treinta y cinco segundos después, gol de Banfield. Don Roberto, además de empleado vitalicio de una fábrica metalúrgica muy conocida, es hincha fanático de Lanús, como lo indican todos los banderines y camisetas colgadas la sala... Silencio lúgubre. Entre dientes el señor masculla improperios varios. No hay tiempo para su equipo, ni siquiera para sacar del medio de la cancha. Fin del primer tiempo. Nada más impertinente para tus aspiraciones de socializar con el hombre.

No sabes que hacer. Este señor queda con los ojos apuntando al piso. Su enojo y bronca es palpable.

-¡Aparecé Anaaaa!- imploras por dentro. El silencio continua reinando. No quieres ni mover un pelo. De repente te mira. Pasan los segundos. Te sigue observando. Hasta que, finalmente, te habla:

Es injusto el futbol pibe, pero ¿cómo puede uno dejar de amarlo?- y sonriendo te da una palmada sobre el regazo.

¡Qué alivio! ¡Ufff! Sentiste como si un gran peso desapareciera de tus hombros.

Sí vió, tiene estas cosas... - atinaste a responder.

Desde allí, sorprendentemente, Roberto arrancó un largo monólogo, en principio indicando que vieras la televisión:

Mirá pibe, mirá la hinchada. Como se hacen gestos despectivos, se agreden, se putean. Qué poca educación... no era así en mis tiempos nene... para nada. El respeto y los valores se han venido en picada, es una lástima. Cuando chico, íbamos con mi viejo a la cancha y se pasaba un día hermoso. Era una fiesta. Las familias llenaban los estadios. Qué lindo era, ja, isi hubieses vivido en esos años! -toma un sorbo de su vaso- Ay ay, que diferente era la vida. Nene, yo iba a la escuela: era un silencio total en el patio cubierto, que seguía hasta el aula, hasta que la maestra entrara al aula... entonces le decíamos "Buen día señorita" paraditos al lado del banco y nos sentábamos una vez que ella nos saludaba... - gesticula todo el tiempo-cuánto orden y cómo te dije, respeto... mi hermana me cuenta lo que sucede hoy día en las aulas, y me dan ganas de llorar... en esos años, si la maestra te regañaba, le hacías caso inmediatamente e incluso le temías, oh sí...y por Dios, si se enteraban tus padres querido, ahí si no te salvaba nadie de los chirlos nene. -cierra el puño y lo golpea contra la palma de su otra mano, abierta-

Solo escuchas, en silencio, mirando a Don Roberto, quien continuaba apasionado en su relato:

La mediocridad pibe, eso trae la falta de valores. El nivel en la primaria cae, en la secundaria o polimodal o como se llame, también... en la universidad, pucha, ni hablar.

El otro día le hacían preguntas a unos pibes a la salida de varios colegios, en un noticiario, para probar sus conocimientos, jojo. Ya me acuerdo y meda risa. Música clásica para varios era la música de los 80, de los ochenta jojo: claro porque son LOS clásicos: Dios mío cuanta ignorancia. Uno se hizo el canchero y nombró a Mozart y Beethoven... Jaja, ahora le preguntaron por las cuatro estaciones y no sabía para dónde arrancar el salame. Antes de esos tipos hubieron los Perotin, Leonin, Machaut, Dufay, des Prez, Di Laso, Palestrina, Monteverdi, eso los conocen aún menos, pero claaa, es más fácil olvidarlos... Madagascar era una película de dibujos animados, ni la más pálida idea del país. No pegaban una capital de América, menos de Europa. Uno dijo que la revolución industrial

ocurrió antes que la invención de la imprenta. –se le hincha bastante una de las venas del cuello- Cada día nos ponemos más ignorantes nene, y somos ejem...–traga saliva- somos demasiado mansos los argentinos para cambiar las cosas. – niega con su cabeza- Toleramos a los mismos políticos de siempre, a los barras bravas, a los coimeros, a los corruptos; tememos a los delincuentes; cuidamos cada cual nuestra quintita... Nadie hace un pito por modificar la sociedad pibe, ni siquiera para quejarse. Somos mansitos te digo, demasiado.-

En verdad estás entretenido, y coincides en mucho de lo que dice el hombre, quien parece que no quiere detenerse en su conversación:

¿Ves? -vuelve a señalar la tv- el fútbol es una de las formas en que la sociedad actual muestra la mediocridad. Observá como se pasaron el entre-tiempo entero provocándose esta gente, no tienen otra cosa en la cabeza más que odio. Es triste, pero cómo acá que lo vemos pasa en muchos otros lados más –hace un círculo con sus manos-. Lamentablemente llevará años cambiar, pero nene, ustedes y los que le siguen pueden mejorar esto si así lo quieren –casi sonríe, casi... te apoya el dedo índice en tu pecho- Ustedes van a ser los argentinos que se van a cansar de la misma mierda de siempre y van a empezar a modificar esto en que nos hemos convertido.-

Que discurso se mandó Don Roberto. La verdad te convenció. Siempre lo ibas a recordar lo que escuchaste ese día. No fueron grandes palabras, pero el contenido estaba repleto, a tu entender, de verdades.

Cuando Ana había salido del baño, a pesar de lo habías creído, pareció que el tiempo había volado. Su papá te dio un fuerte apretón de manos. Excesivamente fuerte. No sonrió, obviamente.

## Capítulo 15

### Cap. 15 – Un paseo

Esta vez el padre no se encontraba en casa, sino con su hijo en la clínica. Ana no te hizo esperar: si bien te hizo pasar, estaba apurada en irse. Era entendible. Su mamá le hablaba desde la cocina, pero no era intención de tu amiga escucharla. Salieron entonces caminar un poco. Cerca estaba un parque, muy iluminado y con mucha seguridad presente, algo fundamental hoy día en determinados lugares de la ciudad. Se había puesto ese gorrito gris y negros, con figuras geométricas dibujadas por todos lados, que de vez en cuando usaba. Miraba el cielo y las plantas mientras movía sus piernas no tan despacio como esperabas. Estaba callada, pero tenía una mirada que te hacía entrever que dentro de todo estaba mejor que hace unos días.

Finalmente te dice: - Papá te envió saludos, sos uno en un cien querido, es un halago, ja- Te mira con cara pícara.

-¡Qué grande Roberto! Te aseguro que me alegro por él con todo el éxito que está alcanzando el Granate, debe estar orgulloso je. – te le apoyas en el hombro- ¿Te acordás el miedo que yo le tenía? –ríes- Es que era, perdón, es, muuuuy serio jaja-

Ana responde tentada: -Si supieras lo chiquilín y como jode en casa, que sorpresa te llevarías... pero sí, es cierto, para afuera vende otra cosa papá... es así, le gusto eso que de esa forma se genera respeto...-

Te sorprende lo que te cuenta Ani, pero vos sabés que eso pasa. El más callado termina siendo el más jodón y plaga. Que tal el tipo. Ahora peleándola con su hijo. Bueno, querías saber de Fede. Le preguntas a su hermana: - ¿Cómo va Fede, cómo lo ves?-

Ana estaba tranquila. Aguardó unos segundos y dijo: - Lo está tomando demasiado bien. Si a mí me tocara vivir lo que está atravesando, no sé

qué miércoles haría. Pero él siempre tiene una respuesta. Ve una salida donde nadie la ve. No es porque sea mi hermano, pero es un orgullo tenerlo a mi lado -las palabras la tocan, intenta no quebrarse- ... Los médicos es lo que más rescatan, con esa forma de ser que tiene las probabilidades de que las cosas salgan mejor se acrecientan.-

La abrazas mientras siguen caminando. Es lo menos que puedes hacer. Es una buena persona, y excelente amiga. Por vos, shusheta, cana, reo y mishiadura. Je. Se había empezado a levantar un poquito de viento, sobre todo a la altura de los eucaliptus más altos del parque. Ella te señala una hamaca donde dos niños muy parecidos uno al otro jugaban. - Eso mismo hacíamos con mi hermanito, por algunos años...él no tenía tanta fuerza y le costaba empujarme, en cambio yo... esteee, se me iba la mano a veces. -se detiene y se pone ambas manos en su boca, indicando un iups! travieso-.. pero viste, un día él descubrió la bicicleta y... chau hermana ijajaja!-

Te alegra verla soltar una carcajada. Obviamente te contagia. Los dos ríen mientras los niños de la hamaca los observan sin entender tanta gracia. Los saludan y ven sus manitos moviéndose, devolviendo el ademán.

Continuaron avanzando juntos. Cerca de la placita central del parque había un grupo de adolescentes practicando con la batucada. Eran muchos y el ritmo sonaba espléndido. Se detuvieron unos minutos a escuchar y luego siguieron su marcha.

-Y vos, ¿cómo estás?- le dices, con la mirada en tus pies.

Ella hace lo mismo. Te responde: -Mejor amigo. Los primeros tres días fueron un infierno. Pero cuando vimos la entereza y las ganas que Federico le puso a todo esto. Estaba más preocupado por nosotros, por su familia, que por él mismo. Luego del diagnóstico, tan duro como fue, el seguía seguro que su estado no era tan grave como parecía: lo afirmaba una y otra vez, sin cesar. Con una fe, que Dios mío, contagiaba. Y fue tal cual...-te mira a los ojos- O sea, los estudios posteriores indicaron que lo que se creía algo sin remedio se convirtiera en un tumor encapsulado y al cual se le podía aplicar un tratamiento con posibilidades ciertas de recuperación. Y Fede, siempre, siempre lo dijo, desde el primer momento

-ella se detuvo, se secó con un pañuelito de papel su rostro, que había sido recorrido con lágrimas, y miró hacia atrás- ¿Volvemos? Así no nos seguimos alejando de casa-

La enlazas con tus brazos, cálidamente, y contestas: -Dale, volvamos. Es mejor, se viene la fresca parece- y enfilaron sus pasos en dirección de la casa de Don Roberto. Mientras volvía, pensabas en Fede. En el poder de la mente. En la capacidad del ser humano para convertir sus deseos en realidades. Para vos, no fue un mal diagnóstico. Estabas completamente seguro de ello. Simplemente, Federico lo hizo. No escuchó al resto, sino que estuvo en todo momento convencido de sus palabras. Logró lo que pocos, no dejarse arrastrar. Se mantuvo firme...Y ahora... la lucha de igual a igual. Diría el padre del muchacho: - ¡Grande pibe!-. Y sí que lo es.

## Capítulo 16

Cap. 16 - Luismi

Mientras hablas por teléfono con el gerente de ventas por un importante pedido que lograste ubicar, ordenas archivos en la computadora. Pero que manía de dejarlos en el escritorio, llega un momento en que se vuelve un quilombo tremendo. Para algo Bill Gates introdujo en su sistema operativo algo que se llama "carpeta" y que estaría bueno que uses más a menudo.

El sonidito de mail que ingresaban no se detuvo en toda la mañana, pero como siempre, de diez que entran solo dos valen la pena. Otro pedido del tipo de Trelew, el de apellido alemán. Schneister, sí. Hay gente que uno en la vida ve en persona pero sin embargo logran conseguir el agrado de alguien. Como este Mr. contigo. Te gusta lo que ves ¿no? El monto de la compra supera las 150 lucas. Cierras el puño y lo miras con un "¡Vamos!" en tu boca, estilo Rafa Nadal. Bueno, tu bíceps no está ni parecido al del tenista, pero, cojones, ¡la intención es lo que cuenta! Jaja!

Entonces otra vez el sonido de entrada de mail. Pero lo interesante venía en el remitente. Luis Miguel, tu jefe. Miras hacia su oficina, parecía estar dentro con alguien más. ¿No es más fácil hablarte? Ok, ok, tenías la línea interna ocupada, pero dudas si aquel intentó llamarte. Nunca lo hace. Es más fácil esconderse detrás de un mail antes que hablar a la cara. Estás alterado. No es para tanto. Haces tu trabajo correctamente y vienes dando en el blanco con algunas decisiones tomadas últimamente. No debiera llamarte para nada fuera de lo común.

Mientras ordenas una parva de documentación impresa, que habías colocado lo más lejos posible tuyo, pero con una nota encima con la palabra "HOY" escrita en grandes letras por vos mismo, te toca el hombro Mariano, con la todo el cuidado del mundo, propio de una persona tan bonachona.

– Perdón que te interrumpa, pero dice el jefe que, en caso no hayas visto tu correo, te espera ahora en su oficina. No te hagas drama, ¡está de buenas!- te dice por lo bajo.



-Gracias Nanito, ahora voy, despreocupate. Ya mismo.- Haces un esfuerzo sobre-humano para sonreír: no te salió tan mal, zafa.

Te levantas de tu silla, no sin antes volverte a colocarte el zapato izquierdo (las putas medias...), y cruzas la oficina dirigiéndote al despacho de Luis Miguel. Te acercas a la puerta y cuando la estás por golpear notas que se encuentra entre abierta. El jefe te ve y te arroja un "¡Adelante!" para que pases.

Sentado en la silla tapizada de colorado, ante ese inmenso escritorio siempre lustroso (¿cómo hace?), estaba el Sr. Presidente de la compañía. Se miraba la muñeca derecha y en ésta un hermoso reloj, al parecer de oro, ROLEX, lucía espléndido. Te hace un gesto para mostrártelo. – Regalo de mi hija- aclara. La verdad, una belleza. Los números romanos de plata, las agujas doradas. Unos detalles orientales en la caja y aún mejor, en el brazalete, que impresionaban. Tres sueldos tuyos en la mano tiene the boss, que tul.

Ya estabas sentado y se te pregunto si querías tomar algún café o té. Por supuesto que ibas a acceder a tomar un cafecito, con esos granos riquísimos que venían de Colombia y que solo la máquina que el jefe tenía en su despacho permitía disfrutar. Ah, ¡ese aroma! Luis pidió a su secretaria que le prepara do, el de él con un poco de crema.

Estimado, quería conversar un poco con usted. La verdad está haciendo muy bien las cosas. Las ventas de su sector están creciendo cuando la situación en general de la empresa y de la rama de la industria no es la ideal. Dista bastante de serlo, en realidad, je. La verdad es muy alentador hallar gente como usted, que no se ata a las adversidades o busca excusas. Es recalable, muy valioso. – estás completamente anonadado, pero sigues escuchando- Más allá de felicitarlo y pedirle que redoble sus esfuerzos en pos de nuestro lema de mejoramiento continuo –ya empezó a joderla piensas-, iba a solicitar a su supervisor que usted junto con aquel vean a sus pares de almacén y despachos, a los fines de establecer una cooperación entre las áreas para así maximizar los beneficios, usted me entiende –claro que lo entendés, les van a terminar complicando la vida a todos los involucrados-. Algo interdisciplinario, como está en boga hoy en día y que tanta eficiencia parece tener –Claro, vos vas a hablar de

peras y los otros de tuercas y tornillos, un lío tremendo-

Tu cabeza, bien educada, siguió asintiendo cada frase dicha por Luis Miguel. Te corta la mañana en dos, la secretaria que quien sabe que está haciendo no trae todavía el café y, mejor aún, te cuenta que vas a tener que trabajar más. Hermoso che.

En un momento dejas de escuchar todo el bla bla bla innecesario, y ves que debajo del periódico tu jefe tiene un libro, pero no alcanzas a divisar bien de qué ejemplar se trata. Tratas de disimular, pero es lo más interesante que hallas en este momento, mientras el presi sigue con su monólogo y te señala unos números sobre uno de tus reportes (son tuyos, los conoces, para qué prestarles atención). Un movimiento involuntario del brazo de aquel, apoyado sobre el diario, lo mueve y el lomo queda a la vista. "La peste" de Albert Camus. ¡Mirálo al jefe! Te sorprende gratamente. No leíste esa obra precisamente, pero sí "El extranjero" y "La caída".

La aparición del café fue la excusa perfecta para preguntarle: -Don Luis, lee mucho usted. Buen escritor el francés -señalas su libro-, buen amigo de Sartre jaja-

Él también se quedó pasmado unos instantes: - Pues qué bueno que le guste la buena literatura, mi estimado. Sartre y Camus no se quería mucho en realidad jaja, pero disfruto de su sarcasmo igualmente ja...- se peinó el bigote con sus dedos y prosiguió- ¿Sabe? Yo creo que gente de la talla de Camus, o Tolstoi, Dostoievski, Dickens, Wilde... o mirando los nuestros, un Cortázar o Borges, escribían por mera necesidad querido... La pasión era parte de ellos. Creo todos sentimos amor o locura por algo en la vida, pero no todos ponemos todos de nosotros para conseguirlo. ¿No piensa ud. lo mismo? Verá, escribir... escribir para esa gente era algo superior a ellos mismos. O como una vez leí, no recuerdo de quien le soy sincero: "Si no escribo, me desangro". Quizás sea exagerado para el resto, pero para ellos, supongo que no.-

Nunca, ni en mil millones de posibilidades, te ibas a imaginar que ese tipo, que te parecía un rata y viejo decrépito, te iba a salir con esto. Qué demonios. Somos víctimas de nuestros prejuicios ¿no? Luismi te había dado una lección, una de las que no se olvidan. No solo te habló sinceramente, de tú a tú, sino que mostró una faceta que no imaginaste.

Te levantas, le das la mano, pero para ambos la percepción (errónea por cierto) que uno tenía del otro cambió significativamente.

-Gracias por el café Luis- te despides.

-De nada estimado, me alegro le haya gustado...- te responde, con la mirada fijada en el monitor de su all in one.

Te quedas pensando y apuntas: -Pero no nombró a Poe...-

Se acercaba la hora del almuerzo. Solo vas a sellas y firmar expedientes. Parafraseando a ese escritor francés, el primero que mencionó Luis, piensas...“Una vez más todo el problema consistía en matar el tiempo. A partir del instante en que aprendí a recordar, concluí por no aburrirme en absoluto”

## Capítulo 17

### Cap. 17 – Un dibujo

Diana te hizo pasar. Según ella, su hija había hecho un dibujo hermoso y lo había dedicado para vos. –El sábado estuvo todo el día con ese papel y unos lápices querido... la verdad, la vimos dibujar antes, pasar algunas horas copiando imágenes u objetos, pero esto... esto fue diferente- la madre sonrió mientras comía una pedacito de galleta y te hablaba al mismo tiempo -... ahí tragué jaja, es que tengo hambre... bueno, te decía: estuvo horas y horas sobre su cama, recostada boca abajo, mientras dibujaba sin parar. ¿Y a que no te imaginas?- se detuvo esperando tu respuesta.

Respondes brevemente, adivinando: -A ver... ¡el boceto resultó hermoso!-

Diana, con otra porción de pan en su boca, negó: - No querido, nunca me lo mostró... cada vez que su hermano o yo ingresábamos en el cuarto, ponía la carpeta azul de Pedro, y tapaba su trabajo jaja... Repitió una y otra vez que era para usted señorito, – te apunta con el dedo índice de su mano derecha- y solo vos debías verlo -. Te sientes halagado. Sabías de Ev con su cuadernito, escribiendo siempre quien sabe qué. Pero no la imaginabas dibujando, y menos aún, dedicando su obra a ti. Qué bonito detalle.

Diana siguió comiendo, definitivamente tenía apetito. Te hacía señas de que pases. –En su habitación, pasa pasa- alcanzaste a entender. Te diriges hacia la niña entonces.

Recorres el pasillo, de unos 10 metros y alfombrado. Si lo habrás caminado tantas veces, ja. Siempre creíste que solo 3 mamparas eran insuficientes para dar luz al mismo. Quedaba oscuro a tu gusto. A ver, para ser más objetivo. En una parte, llegando casi al cuarto de Ev, había una claraboya que desde que tenías memoria, estaba clausurada debido a que a Pedrito le molestaba que entrara tanta luz y lo despertara por las

mañanas. Pues, al nene no le gustaba cerrar la puerta (ese bendito principio de claustrofobia) y la estructura de la casa hacía que el este estuviera en dirección contraria al ingreso a su habitación: ergo, los rayos de sol, a la hora en que se asomaran por el horizonte, entraban a la pieza. Con la anuencia de mamá, un día de furia subió y lo cubrió con bolsas de residuos negras y lo llenó tanto de cinta que salvo un tornado, iba a ser imposible quitar.

En cambio, al llegar a donde Ev, donde el pasillo hacía un especie de ese, media rebuscada (esa parte parecía ser ajena a la estructura original), se hallaban dos luminarias grandes y ornamentadas con estrellas. Sí con muchas estrellitas de cinco puntas. Una de los últimos regalos que el papá pudo hacer a la niña. Sumado a un papel tapiz que recubría las paredes.

Tocas la puerta, que se encontraba arrimada, pero la niña no responde. Con un –Permisoooo- entras despacio, dándole un pequeño empujón. –¿Se habrá escondido?- piensas. Te acercas a la camita a efectos de ver si se hallaba oculta debajo. Negativo, tampoco estaba allí. –Evvuuuu- dices elevando el tono de voz. Tratas de quedarte en silencio absoluto, a fin de captar algún movimiento de tu amiguita. Nada.

Te quedas aguardando que ella aparezca. Te acercas al ropero, pero al parecer tampoco se había metido dentro. Tiene la llave puesta desde fuera, con ese colgante de Steve, uno de los personajes de Minecraft. Mirás hacia arriba y ves que encima del mueble hay algo que se asoma. Una cinta roja. Está apretada con la puerta. Intentas desatascarla, y sientes que algo golpea la parte superior del ropero. Una carpeta azul. Quizás puede ser de la que Diana te habló antes.

Te da un no sé qué, pero la tomas, tratando de no hacer ningún sonido. La curiosidad te puede. La abres. Muchas hojas llenas de dibujos, muy bellos por cierto, pero no hallas la famosa obra de Evan.

Quizás quedó sobre el mobiliario, que tiene dos metros de altura. Tanteas a ciegas, y crees tocar un papel. Intentas prolongar tu brazo lo más posible. Oh si, alcanzas a tomar una hoja. Al ver el dibujo, sabes de

inmediato que se trata del que estabas intentando localizar.

En éste había una mujer, hermosa por cierto. Tenía los cabellos largos y ondulados. Un rostro angelical -¡Qué bien dibuja Evan!- piensas. La nariz pequeña y perfecta, los pómulos bien delineados. Una boca con unas formas tan finas y curvas. Los ojos, cuánto transmitían... intensos y profundos... Un vestido largo de los que se estilaban en los sesenta y que habías visto en alguna que otra foto de esos álbumes que tu mamá guardaba, de sus tiempos de juventud. La cica dejaba los brazos caer sobre su regazo, posando con las piernas cruzadas (muy bellas por cierto) para el dibujante. Apoyaba la punta de un pie sobre el piso, elegantemente. Tenía una mano sobre otra, y entre ellas tenía una cadenita. Acercas el dibujo ya que no logras visualizar claramente lo que tiene apesado en sus dedos. Sigues sin ver, entonces enciendes el velador multicolor de la habitación. No lo puedes creer...

Sin lugar a dudas, es un dije. No cualquiera, sino... el relicario del bar. El de Sofía. Le conoces cada detalle. Las líneas forjadas alrededor, el motivo símil otomano, las cinco perlititas que lo hacen diferente a cualquier otro. Te muerdes el dedo índice de tu mano izquierda. -Demonios... ¿Ella... ella será...?-

De pronto, Evan te da un susto tremendo apareciendo rápidamente por detrás de ti. Está sonriendo pícaramente. Tiene una hoja doblada al medio bajo el brazo. - Holaaaa, ¿te gusta? Te dije que Sofía era ¡¡preeciosa!! - no atinas a decir nada, mientras la niña toma el papel y lo despliega ante ti- Este lo hice para vos. ¡Adiviná! Siii, somos nosotros dos. Vos -apoya su rostro sobre tu estómago, cariñosamente- y yo. ¿Ves cómo estamos vestidos? Me llevó toooodo un día terminar. Es... ¡¡Halloween!! y vamos a celebraaar ¡jujujuju!- miras el dibujo que sostiene Evan, y te encanta, de verdad; pero no puedes dejar de pensar en el otro.

Sigues sin poder articular palabra. Mantienes entre tus dedos el retrato de Sofía. Entonces, la niña lo toma de una punta y dice: -Mi amiga me dijo que ella también dibujaba. Que le gustaban los... a ver que los anoté - agarra un papelito de uno de los cajones del chifonier- ... los Monet, Degas, Re... nuá... Van Gof o algo así... Seurat... yo no sabía de qué me hablaba, pero me contó que usaban muuuchos colores y que sus cuadros eran fascinantes... Bueno bueno, no lo hacía como aquellos según ella, pero dibujaba. Y como estás viendo, reee bien. Le pedí que se dibujara a

sí misma, viste, para que puedas conocerla. Fijáte, incluso lo firmó, ahí abajito...-

Evangelina nota que estás en otro mundo. Te mira fijamente a los ojos. Toma con sus manos tu rostro, como indagando "dónde" estabas en ese momento. Quieres, pero no puedes sonreír. Se escucha el grito de Diana a lo lejos: - Vamos hija, que tu compañerito cuide la casa mientras vamos a buscar a tu hermano en el auto, se está largando a llover. Dale Evu...- La niña te suelta, se pone un abrigo que estaba tirado sobre la cama, y te susurra para que su madre no escuche: - Es hora, te dejo con ella...- Te dio un beso en la frente y salió corriendo hacia la cocina. -¿Cómo Ev?... eh... ¿con quién?- pero no alcanzó a escucharte. Quedas a solas, sin poder entender nada de lo que está sucediendo. Te sientas en la camita de una plaza. En silencio.

## Capítulo 18

### Cap. 18 - El encuentro

Mirabas una y otra vez el retrato. No tenías el relicario contigo, había quedado en tu mesa de luz. A estas alturas, no tenías idea qué hacer, qué creer, qué pensar. Durante tu vida hubo momentos dónde te sentiste aturdido... esos dos minutos iniciales cuando te quedaste con tu primera cita a solas, cuando rendiste el examen final número uno de la carrera... en la entrevista de trabajo, o al cobrar el primer sueldo... quizás al cargar el bebé de JJ en tus brazos. Pero esto... esto es demasiado.

Sientes una ligera brisa en la cara. Cálida por cierto. No te inmuta, sigues fijando tus sentidos en el boceto. Tienes una mano apoyada en la cama, mientras sostienes con la otra, la derecha, el papel. Algo roza suavemente tu brazo izquierdo. Desciende hasta llegar a tu muñeca. Ves de reojo que la cama se hunde a tu lado, como si alguien se sentase a tu lado. Sientes miedo, no quitando los ojos del dibujo. -Es hora- había dicho Ev. Moviste lentamente tu cuello.

La imagen se había materializado a tu lado. ¡Era Sofía!... Sentada a tu lado, observándote. Era el vivo retrato de lo que estaba en ese pedazo de papel. Oh sí, más hermosa aún. Tras que te costaba respirar, tu corazón latía a un ritmo estrepitoso. Te refregaste los ojos, dos veces, pero... ella seguía allí, a tu lado. Podías decir sin embargo que la paz que transmitía era extraordinaria.

Y te habló: -Hola, tú sabes algo de mí, y quizás yo menos de ti. Por alguna razón que nos excede, nos cruzamos. No intento descifrarla, como tampoco necesito saber por qué sigo aún morando en este mundo cuando no debería estar aquí. Solo sé que estoy aquí, contigo. Qué todo arrancó con esa niña adorable, Ev. Un día empecé a ver de nuevo, a oír, a sentir. No me hallaba donde esperé toda mi vida, pero tampoco era el infierno. Y esa preciosura me hizo parte de su vida, y yo de... de lo que sea que se defina como mi existencia actual. Entiendo que tú eres el nexa que, tal vez, permita que siga mi camino hacia donde corresponde. No quiero me malinterpretes. No sé qué soy, por qué estoy aquí. Pero tengo una certeza, que este -se apunta a si misma- no es mi final. Que existe algo y alguien más detrás de todo. Y que contigo y mi relicario, va a ser más fácil



encauzarme a mi verdadero destino.-

Sofía te quedó observando. El tiempo parecía no avanzar. Tratas de ordenar esa marea de pensamientos. Más que marea, era un tsunami gigante. Decides responderle, pero te cuesta conciliar el tándem "hablarle versus mirarla". Coges tus manos de la cama (habías apoyado la otra cuando la mujer se mostró), colocas una sobre la otra y clavas tus ojos en ese preciso lugar donde tus pulgares hacían una x.

-Si... Eh... Tiene que entender que esto no es fácil para mí... -balbuceas- Es decir, estoy tratando de encontrar sentido a... bueno, a esto... La voy a ayudar si usted me dice cómo ¿vió? Desde el día que hallé el relic... perdón, su relicario en el bar, y que admito no intenté devolver, han pasado sucesos extraños en mi vida. Pero éste - señalas con ambos índices a ella y a ti-, éste supera cualquier otro... Un hombre incluso llamó a mi casa, no sé con qué intenciones, mencionando unas palabras sobre el relicario... - ella escuchaba atentamente, sin moverse- me las sé de memoria: "representó mucho más que una promesa de amor" y agregó "lleva consigo la carga de una vida". -su cara cambió drásticamente de aspecto- Esa vida a la que hace referencia, es... ¿es la suya Sofía?- finalizas, aunque sabías la respuesta.

Se tomó un minuto para responderte, mientras ponía su mano izquierda sobre el pecho, como si se acariciase el corazón. - Horacio era mi vida. El amor que una espera que el destino le dé. Fuimos tan felices, pero por un tan breve período de tiempo. Es como si de repente, de la noche a la mañana, comenzó a intentar, todo el tiempo, deshacerse de mí. Siempre creí que actuaba, ¿me entendés? -mueve mucho las manos al hablar- Por momentos, cuando no se percataba que yo estaba cerca suyo, se comportaba de lo más normal. Es decir, como él era. Como yo lo conocía... - arroja una mirada perdida sobre la habitación, suspira profundo y continúa- Ahora, cuando me veía, se transformaba. Hacía cosas de loco. Y créeme, sé que no lo estaba. A Ev le conté algo, pero no quería seguir atormentándola. En última instancia, Horacio recurrió a los golpes. Me amenazaba, se enojaba por absolutamente todo. Y gracias a Dios que no estaba en casa todo el tiempo. Trabajaba de noche, era portero en una gran fábrica, que trabajaba con aleaciones, acero y cosas de ese tipo. Nunca supe demasiado de su empleo ya que él era muy reservado al respecto. Se llevaba alguno que otro de mis libros para pasar las horas. Yo le gastaba bromas, itardaba tanto tiempo en terminar las obras! -sonrió brevemente- ¿Conoces "El viejo y el mar"? Tienes carita de buen lector- afirmas con tu cabeza, era una de tus obras favoritas- Bueno,

iestuvo más de tres meses con esa historia!-

La escuchas cautivado. Ya no estás nervioso. Evan tenía razón. Que bella persona, en todo aspecto.

Pronto llegarían Diana, la niña, Esteban y Pedro. Querías llegar a saber cómo había terminado la vida de Sofía.

Ella se levanta de la cama. Se acomoda sus largos y ondulados cabellos rubios. Prosigue: -Sé que el tiempo se nos acaba. También veo tus pensamientos, no te alarmes... es que eres muy transparente. Hubo un día, en que Horacio llegó a media mañana. Tenía la mirada desencajada. Yo le había dejado una notita en el bolsillo de su campera la noche anterior, para que en algún momento la hallara y se pusiera una pizca contento. Pero en vez de suceder aquello, parecía que algo, y quiero suponer que no había sido mi mensaje, lo había hecho enfurecer terriblemente. Me culpaba de cosas que no tenían nada que ver conmigo, ni con nosotros... no había sentido en las cosas que intentaba achacarme.- se muestra acongojada, pero no se detiene en su narración- Parecía el demonio personificado. Fue a la cocina raudamente, mientras repetía una y otra vez "esto no va más, esto no va más". Cuando regresó (yo me encontraba en el living), no podía creer lo que veía: tenía la cuchilla en su mano. Ya sabía en mi interior que eran los últimos minutos de mi vida. Tenía esa mirada... Nunca la voy a olvidar. En la otra mano tenía nuestro relicario. Lo apretó fuertemente y me lo arrojó a la altura de mi rostro. Pude esquivarlo, pero no pude hacer nada para detener lo que vino después. Sentí solo las dos primeras puñaladas, y no mucho más. Lo miré, directo a sus ojos, hasta que los míos se cerraron, para siempre...-

Ambos escucharon el sonido del portón del garaje, que les indicaba que la familia había vuelto a casa. Vos también te pones de pie, no quieres que parezca que estuviste todo el tiempo solo en la pieza de Evu. Sofía te regala una última sonrisa, mientras comienza a desvanecerse. Le dices: - Todo se va a solucionar, pronto- Vos le devolvés el mismo gesto. Sientes una gran paz, y vas a hacer lo que sea necesario para devolver la suya a ella. Caminas apurado a la cocina, enciendes el televisor y finges que estás concentrado viendo el paro del Ferrocarril Sarmiento.

## Capítulo 19

### Cap. 19 - El cuentito de mamá

Ev no te sacaba el ojo de encima, en tanto Diana preparaba el mate. Esteban parecía emocionado, se sentó a tu lado y te hablaba: - ¿Sabés de dónde vengo? De lo del pibe, Julián. Del que nos dejaste los datos en el ensayo. ¡No sabés lo que toca el teclado papuchooo! ¡¡Es un monster!!- dijo lleno de entusiasmo- Incluso lo hicimos cantar, lo que nos costó convencerlo no sabés. Pero al final lo conseguimos y resultó que no solo afina perfecto, sino que el timbre de su voz es ideal para acompañar la de Ana, son registros que se complementarían a la perfección... ¡Pipí cucú!- al pronunciar la frase une los dedos de su mano alrededor del pulgar, se los lleva a la boca y les da un beso exagerado (gesto típico en él, sobre todo cuando comía algo rico, como las tortas de su mamá)

-La verdad me alegro mucho che, Juliancito me dio a entender que algo sabía de música, pero por lo que decís fue muy humilde el chico, jaja!- que bueno que haya resultado así, te pone feliz.

Pedro, mate en mano, agrega: -Gracias por ponernos en contacto, en serio. Sí, re humilde parece. Espero se prenda con nosotros... creo que sí. Va a sonar terrible man, ivas a ver!- Le devuelve a Diana, quien cebaba como siempre, el mate vacío. Esteban asentía, con la boca llena.

Es tu turno en la ronda. La yerba deliciosa, bien cebado, temperatura ideal. Sí que sabe esta mujer del arte de cebar. Lo tomas despacio, disfrutándolo. Esperas la segunda vuelta mientras la familia sigue conversando. Ya quieres estar en tu casa, así que apenas terminas de tragar la última gota, te levantas y despidas de todos. Más allá del "¿ya te vas?" de Diana, no tenías mucho más que hacer allí. Ev te acompaña a la puerta, pero como su madre viene detrás, te mira y dibuja una S en el aire, sin que aquella lo note, al estilo de Bernardo cuando a Diego de la Vega le sugería que el zorro actuase (en dirección opuesta, pues claro)

Caminando hacia el departamento, agotado de las emociones vividas en el día. Sientes un olor nauseabundo. Raro, las calles en este barrio están

casi siempre limpias, y los recolectores de residuos siempre circulan por la zona. Notas un montón de basura amontonada donde normalmente se halla un contenedor, que deben haber movido. Apuras el tranco, y alcanzas a observar un par de ratoncitos que se ubican a centímetros del montículo. – Comida gratis muchachos- dices en voz alta.

Te viene a tu mente tu vieja. Recuerdas tibiamente un cuentito que te solía contar, de esos que uno no entiende al principio pero con el paso del tiempo se vuelven más y más tangibles, reales... ciertos. Tocas con tus dedos el borde de tu camisa, imitando lo que hacías con la sábana de tu cama, en otros tiempos, cuando escuchabas la historia. Pareces escuchar su voz... Ella colocaba su mano sobre tu frente, mientras se arrodillaba junto a ti, al lado de la cama, y decía así:

En un pueblito de Italia, hace muchos muchos años, en la quesería sobre la calle principal vivía un ratoncito, llamado Tiziano. Había llegado allí un tiempo atrás huyendo de un par de gatos malévolos, llevados por los dueños de la casa donde vivía con sus papás, a los fines de exterminarlos. Aquellos no pudieron escapar. Pero él, sin mirar atrás, corrió y corrió hasta conseguir refugio en un huequito sobre una de las inmensas paredes de la quesería.

Sobrevivía gracias a que las paredes tenían un sistema de ventilación al que Tiziano, escarbando y escarbando, pudo ingresar. Una vez dentro, recorrió una y mil veces todo el laberinto de caños. Hasta se había hecho un mapa de esto.

Notó que una de las salidas estaba justo frente a la mesa donde el dueño comía, dejando los restos sobre la mesa. Pues ese era su alimento. Allí también había muchos vidrios y lentes, porque al parecer al hombre le gustaba trabajar como hobby con objetos ópticos. Incluso al ratoncito le parecía verlo por las noches divisando con un telescopio las estrellas.

¿Queso? No, ni un poquito. Estaba absolutamente reservado para la venta. Y era vigilado por los gatos. No eran dos, ni tres. Sí diez, enormes y peludos. Grises y negros.

Entonces Tiziano siguió varias semanas de la misma manera. Comiendo de las sobras que el hombre dejaba sobre la mesa, la que cada día estaba más cubierta de lentes.

Pero un día, el dueño no apareció. Tampoco el siguiente. Iban tres días sin comer para el ratoncito, y el hambre cada vez se hacía más notorio. Le dolía mucho la panza y no sabía qué hacer. Pasó un día más, y decidió

que tenía que salir o iba a morir de inanición.

La necesidad hizo que Tizi se decidiera. Ya no toleraba el dolor de estómago, ni contaba con fuerzas para aguardar. Se afiló las uñas de sus patas y de sus manos, en caso que tuviera que defenderse y/o trepar. Salió corriendo hacia la luz. Los gatos parecían haberse enterado de los planes del ratoncito, porque apenas cruzó el umbral de su cuevita, uno primero y otro después se abalanzaron sobre el pequeño. Patinaron sobre la mesa, sobre algunos de los tantos lentes que se encontraban sobre ésta. Tiziano notó que los felinos no eran tan grandes como él creía, sino que seguramente el mirar a través de tanto aumento distorsionó la realidad tal cual era. Mientras, el embrollo continuaba, los gatos ahora se quejaban maullando de las lastimaduras por los pedazos de vidrios rotos, que ellos mismos habían causado. Tiziano seguía corriendo, sin mirar atrás, tratando de encontrar con su mirada alguna salida que permitiera evitar caer en las garras de los malvados mininos.

Entonces vió como una había un gran cortinado que cubría uno de los muros de la gran sala. En la parte superior había un ventiluz dónde se dejaba entrever la luz del sol. "Es mi oportunidad" pensó. Dio todo de sí para alcanzarlas. Sus patitas ya no tenían más para entregarle. Los gatos venían como locomotora, echando humo, directo hacia él. Llegó a la rugosa tela, sus uñitas cumplieron al pie de la letra su trabajo. Le costó, pero estaba ya alcanzando la parte alta cuando tuvo que realizar un rápido cambio de dirección: el gato más grande había lanzado su último intento; estuvo cerca, pero no le fue suficiente. Tiziano lo había logrado: se paró sobre el ventiluz, pareció despedirse de lo que fue su mundo, y dirigió sus pasitos hacia el otro lado.

La sorpresa fue mayúscula: he allí, a fábrica de queso en su total extensión. Un salón enorme, repleto de máquinas, pero también de... ¡MUCHO QUESOOO! Tiziano se sentía muy feliz. Estaba aún contemplando todo el panorama, cuando siente un chistido. "Shhh" "shhhh" "vos, bajá rápido que te van a ver" "si, ¡VOS!". Metro y medio más abajo, sobre un rincón, otro ratoncito gesticulaba sin parar. Era quien le hablaba. Tizi obedeció y rápidamente fue hacia donde éste se encontraba.

El ratón, que según sus dichos lo apodaban Elvis por su pronunciado jopo, lo llevó a través de una intrincada red de conductos de ventilación a lo que él llamó la gran ciudad. Si, una verdadera comunidad de ratoncitos y ratoncitas, que moraban en un subsuelo inutilizado de la fábrica. Tiziano recibió un mapa para no perderse y fue presentado a las autoridades, que lo recibieron alegremente. Fue así como descubrió que la libertad y la vida que tanto deseaba, estuvo siempre ahí, cerquita, a menos de diez metros de lo que conocía. Las circunstancias quizás lo obligaron, pero fue él quien decidió arriesgarse. Y obtuvo su recompensa.-

Es probable que sea hora de arriesgarse vos también. Más cuando la única pregunta que te surge en este preciso instante es: -¿Y por qué no?- Por Sofía, ella lo vale... pero sobre todo, lo vas a hacer por vos.

## Capítulo 20

### Cap. 20 – Cuántica

Al día siguiente, te habías despertado temprano. Olvidaste encendido el equipo de música, así que con el control remoto le quitas la pausa, dejando que la canción continuara donde la habías dejado anoche, cuando se te cerraron los ojos de cansancio...They felt they had to rehearse, although we know they are masters...they get a real groovy sound, and you will have to admit it...

Piensas: -Qué genio Miles Davis, ¡qué genio! Y Coltrane... imamiiiiita!-

Tomas el teléfono móvil, mirando de reojo el relicario, y entrás al explorador de internet. Se abre lo último que has visto. Claro, lo de física de hace unos días. A ver, hacía un tiempo un temita te venía llamando la atención, a partir de uno de esos documentales que se miran cuando, por ejemplo, se ha tenido un día largo en el trabajo y solo se espera estar una horita al cohete, como sucedió en tu caso.

Te levantas con algo de desgano. Tienes que ordenar esos papeles del trabajo, que nunca deberías haber traído a tu casa, dicho sea de paso. Pones el agua a calentar en la pava eléctrica. Vuelves a leer unas líneas desde el explorador de internet del celular. Eso de la mecánica cuántica te atrapa. El llamado mundo de lo inmensamente pequeño... de los electrones, protones, neutrones, quarks, bosones de Higgs. De ecuaciones matemáticas, varias derivadas de la famosa  $E=h\nu$  del señor Planck. La superposición, la incertidumbre, el entrelazamiento. El gato que está vivo y muerto a la vez. Bueno, pensar que hasta Einstein pudo equivocarse a causa de ella, pues, es impresionante.

Te imaginas como sería la vida si tuviéramos alguna de las propiedades de los electrones. Ser una partícula, ser una onda, ambas a la vez. O mejor dicho, cuando se nos antoje elegir ser una o la otra. -Siempre el hombre queriendo tener súper-poderes, ¡ja!- te burlas de ti mismo.

Mientras garabateas en una hoja donde en otro tiempo practicaste enlaces armónicos, te quedas absorto en el tema. -Algo en lo que nos parecemos... esteee, ¿estoy realmente comparando seres humanos con los malditos

electrones? Pues sí, que demonios. Decía que, ok, somos similares en algo: esa característica de cambiar el comportamiento al ser observados. ¿Cómo harán las partículas para detectarlo? O sea, nosotros tenemos sentidos, es decir, no solo percibimos lo que nos rodea sino que contamos con un cerebro que nos permite procesar y evaluar la información captada por los primeros. Pensamos... Pero, ¿y qué en el caso de un electrón? ¿Es que tendrán... -te parece una torpeza hasta el pensarlo- inteligencia? Bah. Qué manera de dedicar tiempo a sandeces. Sea como sea, tanto esos elementos microscópicos como los seres humanos actuamos distinto ante la mirada de alguien o algo (una cámara por ejemplo) que se fije en nosotros. ¿Por qué cantamos bajo la ducha o cuando estamos solos, y nos cohibimos cuando sabemos que hay personas a nuestro alrededor? Como explicar ese nerviosismo, esa adrenalina que sienten los músicos al tocar en vivo versus la experiencia diaria de practicar o ensayar. O cuando se rinde un final en la facultad, cuando el material ha sido repasado mil veces antes y no hay motivo para que repentinamente se borre de la cabeza: pero actuamos diferente, porque sabemos que nos van a observar, a escudriñar. Eso si che, si las personas no sabemos que nos están viendo, no pasa nada; los electrones siempre saben, siempre, cuando los observan -tu monólogo se interrumpe por el sonido del hervor del agua que olvidaste calentando- Esta cosa de miércoles que no corta sola, voy a comprarme otra que lo haga. – te preparas el café cortado con apenas un poco de leche fría.

Después de lo sucedido en casa de Ev, después de Sofía, de haberla visto, sentido.- No puede haber una mínima posibilidad que todo esto de lo sobrenatural ¿tenga que ver con lo cuántico? O sea, todo es posible. Esas propiedades, medio "locas" o inusuales, de ciertas partículas, no podrían ser comunes a cosas tan diversas como un entidad, no sé, como ¿la dueña del relicario? Una persona fallecida, sin cuerpo material, la cual quien sabe por qué ha discontinuado su viaje hacia el otro mundo, el más allá o esa otra dimensión desconocida para los vivos, ehhhh -te fuiste por las ramas- Ok, sí, cabe la posibilidad que compartan algunas propiedades cuánticas. En algún momento de la evolución humana será viable su estudio, con otra tecnología (ojo al piojo, que ya se está gestando una computadora con algunas de esas características). Sea como sea, nadie te quita de tu cabeza la idea: tiene que haber "algo" en común.

Luego del trabajo vas a ir nuevamente a lo de la Diana y Evan, y quizás a ver a Ana. Eso sí, le vas a dejar a tu jefe ese ejemplar de "La meta" de Goldratt, estimas que conforme a lo conversado con él, es muy posible que sea de su agrado. -A tomar el toro por las astas pues- Sales de tu casa caminando, anudándote la corbata gris. Se vislumbraba un día



hermoso y largo, pero nunca creíste que fuera de los decisivos...

## Capítulo 21

### Cap. 21- Mejunje de vivencias

En la oficina, apenas entraron, (JJ y vos, pues éste se te unió en el ascensor), sonaba la vieja radio de Mateo...

"Mujer  
de mi poema mejor.  
¡Mujer!  
Yo nunca tuve un amor.  
¡Perdón!  
Si eres mi gloria ideal  
Perdón,  
serás mi verso inicial.

Y la voz en el bar  
para siempre se apagó  
su motivo sin par  
nunca más se oyó"

Aquel, cantando sobre el tango, sintiéndose un poco Jorge Maciel. Gesticulando, sintiendo cada palabra. Con la mano derecha sobre el pecho. Era para grabarlo. -Un troesma.- dijiste en voz alta. Le haces un gesto con el dedo pulgar en señal de "genial", de pasada, para no interrumpir su inspiración, a los que él responde apuntando su otro brazo hacia ti como si te dedicara la canción. Tomas un papel de una mesa y escribes "Me debes el Ventarrón", en letras grandes, y se lo muestras. Lo observa, y sonriendo, se señala la cabeza indicando que lo tenía presente. Que personaje ija! Solía aclarar que Juárez no era lo suyo, no tenía su "registro" y le era difícil. Claro, pero cantaba tangos de Maciel, que en tu opinión eran mucho más jodidos para interpretar.

Luego de recibir/leer/responder mails y hacer un par de llamadas, mirando el periódico que compraste de pasada, encuentras que el viejo parque donde ibas de pequeño, cerrado al público desde hace unos años y en estado de abandono, había sido concesionado a una empresa que planeaba demoler lo poco que de éste quedaba y construir un "shopping" inteligente. Como si a la ciudad no le sobraran ya. Pero claro, este es

inteligente. Como decidir barrer con parte de la historia del barrio y con la vasta vegetación que está dentro del predio, pues claro, es tremendamente perspicaz. Negaste con la cabeza mientras lo pensabas.

En ese momento te tocaste la parte izquierda de tu labio inferior. ¡Sí! ¡Esa cicatriz te la hiciste jugando en el parque! Te surgieron cientos de recuerdos, se te vinieron a la mente tantas vivencias de aquellos días de tu niñez, de juegos y amistades, dónde tu única obligación era hacer los deberes de la escuela. Qué feliz eras en esos días. Cuántos sueños tenías. Te preguntas por qué uno se hace grande y cambia.

En un invierno hace unos cuántos años, habías subido al tobogán con Toto, tu mejor amigo de esa época. Pero no al mediano, sino al gigante, ese que tenías terminantemente prohibido escalar por tus padres. En realidad era muy, muy grande, no era solo tu imaginación, no. Casi nunca podía uno subirse porque los "grandes" (adolescentes) lo ocupaban todo el tiempo. A mediados de junio el frío partía la tierra. Volvías de la escuela y... zas! Era la oportunidad que vos y Toto añoraban: el enorme y naranja tobogán estaba vacío!

-¿Dónde estarán?- preguntó tu amigo.

Tú lo tomaste del brazo y lo arrastraste por poco a la base del juego, sin responderle siquiera.

Ambos miraron hacia arriba. El gigante los observaba, con desdén, como retando a ambos a enfrentarlo. Cada detalle se encuentra fresco en tu memoria. El olor a pinos, Toto meneando la cabeza en señal de negación, los cordones desatados de tus zapatillas Puma azules que no quisiste atar.

Fuiste primero por las escalerillas y tu Sancho Panza, detrás. Pareció que subieron 20 metros aunque solo fueron menos de cuatro. No querías ni mirar abajo, pero no tenías opción. Era tu orgullo. Estaba tu amigo, no querías desilusionarlo a él tampoco: no por algo fuiste siempre el más valiente de los dos.

Y... contaste en reversa, desde cinco (nunca supiste el motivo de iniciar la cuenta allí)...

5...

4...

3...

...

2...

...- Oh Dios mío-

1...

... ¡YA!

Recuerdas ir bajando a mucha velocidad, gritando como si bajaras desde un avión en paracaídas, y luego... pues, todo muy oscuro... dolor en tus rodillas, tu boca húmeda con gusto a algo salado, tierra por todo tu cuerpo, Toto preguntando si estabas bien...

Pues claro, esos cordones malditos. Los pisaste al tocar el suelo y saliste, según palabras de tu asustado testigo, volando hacia adelante. ¡El golpe de tu vida en ese momento! Más allá de algunos raspones y del dolor de rodillas, te habías abierto tu labio un poco. Sangraba bastante, pero te

sentías más que satisfecho. Lo lograste. ¡Venciste al gran monstruo! ¡Y Toto lo vió!... sí claro, no falta aclarar, él no saltó. Que más da, para todos aquellos que escucharan de allí en adelante la proeza, "ambos" bajaron del gigante uno tras otro. Como amigos, como uno solo...

Al salir del laburo (no sin antes escuchar completa "la puñalada", gracias a tu compañero tanguero), te diriges caminando, bastante distraído, por la acera con destino la casa de Ev. Hoy era día de ensayo por lo cual no sería extraño que te aparecieses. Buscabas una forma creíble de disimular que lo único que te interesaba era charlar a solas con la niña.

El sol ya no quemaba tanto. Solo unas escasas nubes, todas pequeñitas, navegaban por el cielo. Un día espectacular para caminar, y en ello te encontrabas. Eran unas cuantas cuadras, y en verdad estabas disfrutando del paseo. Incluso no cargaste tus auriculares, hoy solo querías la música de las aves y hojas de arboledas. La interferencia de algún que otro bocinazo o frenada de automóviles, pues bueno, siempre es un bonus track. Hoy no sonaron escapes mega ruidosos de motos... eso es excelente.

Pateas una tapita de gaseosa roja que se hallaba en la vereda. Directo a un cantero. Que puntería. Justo al lado de este, un tacho apara arrojar basura, de esos verdes que abundan en la ciudad. Te viene una especie de remordimiento. Buscas la tapita y la arrojas dentro, no sin antes ver decenas de otros residuos (más tapas, papeles, bolsas, envoltorios) que descansan a metros e incluso a un paso de distancia del contenedor. Niegas con la cabeza. Es inútil piensas, si no cambiamos nuestra educación esto es imposible (no... corriges, no te gusta la palabra imposible, nada lo es)... es muy difícil que se modifique.

Sigues caminando. Falta menos. Ves el cordón de tu zapatilla izquierda desatado. Desde que en este calzado el lazo es de un hilo medio resbaladizo, vives atándotelos una y otra vez. A quién se le puede ocurrir diseñar cordones con un hilado recubierto de una especie de nylon deslizante. No sabes. Pero a quién se les ocurrió comprarlos, sí. A ti. Y supones a muchas personas más, es de marca y de muy vistoso diseño Excepto, claro, por los malditos cordones. Te anudas ambas zapatillas, por las dudas. Dos pájaros de un tiro.

A la vuelta vas a visitar el viejo parque, el que van a demoler. Tienes tiempo para despedirte, tienen que llevar toda la maquinaria y por lo que habías visto el día anterior cuando manejabas por el lugar, no hay movimiento alguno aún. Ni gente ni herramientas. Ojalá dejaran todo como está.

Miras hacia delante y ves a Diana, que se dirigía directo a la casa con las bolsas provenientes al parecer de una pequeña compra del supermercado. La saludas con la mano a distancia, digamos unos ochenta metros. Ella te divisa y sonriendo, mueve la mano que tenía desocupada en señal de que te acerques. Vuelves a prestar atención a la vieja casa vecina, tan imponente como siempre. Saludas a la mamá de Ev y te adentras con ella a la calidez de su hogar. Una curiosidad, novedosa por cierto, se despierta en tu mente respecto del inmueble contiguo.

Te dijo que Ev había salido con una amiguita y sus papás, por lo que mientras preparaba el mate aprovechaste para consultarle al respecto: - ¿Sabe usted desde cuándo está inhabitada la casa de al lado? Digo, supongo yo que no vive nadie allí, ¿me equivoco Diana?-

Estaba concentrada, calentando el agua. Igualmente te responde: -Para nada corazón, para nada. Desde que vinimos esa casota, porque es una verdadera mansión, estuvo desocupada. Es más, te cuento, mi esposo hizo lo imposible para ubicar a los dueños. Verás, cuando la familia se agrandó por los chicos, esta casita nos quedó un poco pequeña. Donde ahora ensayan tus amigos, esa sala, no estaba, es bastante reciente.-

-¡Mire usted!- le dices, mientras le ayudas llenando el mate de yerba -... Yo creía que la casa había tenido siempre la misma estructura. Me decía, ¿y pudieron hallar a los vecinos alguna vez?-

Abre un paquete de galletitas y desparrama algunas en un plato, para convidarte. Prosigue: - Si si, a eso iba. Un día estaba barriendo la vereda y vi cuando una señora ingresaba, provista de elementos de limpieza. Llevaba un arsenal a cuestas. Era muy gentil, petisita y me contó que solo trabajaba para la gente dueña de la casa. Nos dio un número de teléfono

donde mi marido los pudo contactar.- se apoya la mano en la cintura- Ev era bebé ya. Como sabíamos que el lavadero de la casa contigua, que se encontraba ubicado a unos metros de la mansión, en la parte trasera, daba casi contra el final de nuestro pasillo, y esa pared tenía siempre humedad, les propusimos un negocio: que nos vendieran ese sector. Imagínate, las cañerías viejas y abandonadas... se nos llenaba el pasillito de moho y manchas...-hace un gesto de desagrado- Nos costó convencerlos, no sabés cuanto querido mío. Pero cedieron, creo más por insistencia nuestra que por otra cosa, ¡jajajaja! Sacamos un pequeño préstamo en el banco, y dejamos la nueva habitación impecable -hace un circulito con el índice y pulgar de su mano derecha- Y allí es dónde duerme desde entonces mi Evan.-

-Intentando se logran las cosas ¿no?- comentas como para salir al paso.

Las cosas se comienzan a aclarar un poco... ¡Con razón el papel tapiz! ¡La "ese" al final del pasillo! La habitación de Evan es la clave... -Ja, por algo esa casa me llamaba siempre la atención- piensas, mientras le convidas un mate a Diana.

Tu amiguita seguía sin aparecer. La ansiedad te puede. Diana estaba mirando un programa de chismes en la tv. Vuelves sobre el tema: - Disculpe la curiosidad, pero cuando tuvieron acceso al lavadero, ¿no hallaron elementos de la otra gente? Usted vió que siempre los lugares que no se habitan se usan como si fueran depósitos de chatarra ja- tienes algo de temor que se percate de tu real interés.

La señora respondió, sin inmutarse: - Si hubieses estado para ver el completo de las tres que era ese lugar. Herramientas oxidadas, cajas húmedas por donde uno mirara, sillas rotas. Y las arañas y mosquitos, para que decir, ¡eran multitud! La verdad que entre la reparación y lo que tiramos llenamos un contenedor entero, ¡pero llenito hasta arriba eh!-

Te sientes desilusionado. -¡Demonios!- exclamas por dentro. Bajas la mirada. Notas que tienes que cambiar un poco de yerba, cuando escuchas que la madre de Evan te sigue hablando: - ... lo que sí, en canasto de mimbre lleno de ropa vieja... había un vestido... blanco y elegante, que era una verdadera hermosura. Lo vi de casualidad, estaba bastante tapadito.

Ese, bueno, ese me lo quedé... aunque nunca tuve la oportunidad de usarlo, se ve que la dueña tenía una figura envidiable ¡jajajaja!-

Sabes que tienes el dibujo doblado en algún lugar. Revisas los bolsillos de tu bolso. Nada. Entre los papeles y carpetas, dentro de éste. Tampoco. - ¡Ya sé!- dices en voz alta, mientras la mujer te mira sin entender. Sacas tu enorme billetera negra, esa que no te cabe en los bolsillos delanteros del pantalón. -Por Dios que esté acá- Parece más rellena de lo habitual. Sí, la habías colocado en su interior, doblada cuidadosamente. Sacas el papel, lo abres. Se lo muestras a Diana: -¿Un vestido como este?-

La señora se coloca los anteojos, observa detenidamente el retrato:- No podría decirte con absoluta seguridad corazón, pero si me apurás, por esos detalles en el volado y estas costuras, acá ¿ves?-aprieta con el dedo sobre el papel- para mí es el mismo o fue confeccionado por la misma persona, vos sabés que en esa época estas cosas se hacían a mano casi exclusivamente... -mueve su cabeza en forma afirmativa- ¿Quién es la chica? ¡Es hermosa eh!-

Le respondes con otra pregunta: -¿Lo tiene aún consigo?- Se te sale el corazón de los nervios.

-Dame unos minutitos -toma un repasador y lo frota sobres sus manos- que revuelvo un poco y te lo busco- añade, y se marcha hacia su habitación.





## Capítulo 22

### Cap. 22 – Cambio de identidad

Los seis o siete minutos que tardó Diana en regresar te parecieron eternos. Volvió con un pedazo de tela enorme colgando en sus brazos, que imaginabas no podía ser otra cosa que el vestido. Finalmente estaba, allí, ante tus ojos. La señora te hizo correr las cosas que se encontraban sobre la mesa, y obviamente, limpiar su superficie con la rejilla húmeda. Lo extendió sobre aquella, lentamente, con sumo cuidado. Era precioso y el calco del dibujado en el retrato. Según la mamá de Evan, lo había lavado a mano y desde entonces estaba colgado en uno de los últimos percheros del segundo guardarropa (sí, segundo, ¿cuántos tendría?). Empezaron a recorrerlo buscando algún detalle que lo asocie con Sofía.

Hallaron un pequeño arreglo en la cola del vestido. Quien lo había arreglado era una costurera envidiable, había que esforzarse en notar la enmienda. Siguieron recorriendo con las manos el paño. En la parte interior, cercana a la zona del busto, tenía una especie de bolsillito, invisible (conforme estaba cocido) para cualquiera que estuviese en presencia de la mujer que lo vistiera. En este caso, y según las dos letras bordadas, no había ya lugar a dudas. S.C. Las mismas que en el boceto, en su parte inferior derecha.

Esta vez, el relicario está contigo. Te lo colgaste del cuello por la mañana. Querías llevarlo por las dudas que tuvieras otra oportunidad de ver a Sofía. Lo palpas debajo de tus ropas. Mientras Diana sigue observando el vestido, acariciándolo. - Viste que tela querido... tan suave. La verdad estaba en buenas manos, esa señora era un ángel...- vuelve a contemplar el dibujo, que había quedado sobre una esquina de la mesa. Recibes un whatsapp de Ana, que te aguardaba en su casa con un "regalito" para vos.

-Gracias Dianita, debo irme. Paso por lo de Ana y a mi departamento. De alguna manera debo intentar resolver todo esto que usted ve aquí. Guarde el dibujo por favor, mañana volveré por él.- te pones el abrigo, le das un beso en la frente y te marchas. No le dijiste de dónde habías obtenido el dibujo para no alarmarla. Tal vez era un error, pero creíste

que era lo mejor.-Adiosito corazón, nos vemos mañana. ¡Suerte!-

Esa mezcla de angustia y ansias llevaban a que tus piernas no dieran abasto. Mientras se escribían mutuamente Ani y vos vía celular, tu cabeza estaba escudriñando la situación de Sofía, el dibujo, ese vestido, el relicario... el asesino, Horacio. Dentro de todo se te hizo bastante corto el trayecto.

Tu amiga te dio un fuerte abrazo y te hizo pasar. Te recibió con un paquete pequeño envuelto para regalo en sus manos. -Por ser tan bueno conmigo- te dijo. Luego de sentarte en el sillón, lo comienzas a abrir. - Daleee, ¡rompé el papel!- te apura Ani, ávida en ver tu reacción al verlo. Se trataba de un gorrito al estilo que usaba la chica, pero con los colores invertidos al de ella.

-Jajaja, ¡está buenísimo!- Le dices riendo, te sacó una buena carcajada. Te lo colocas en la cabeza mientras Ana saca desde atrás de su cuerpo el suyo. Se lo puso también. -Los gemelos fantásticos ¡jaja!- acotó ella, y estiró la mano para immortalizar ese pequeño instante en una "selfie", claro, con el tremendo Smartphone que tenía que tomaba unas fotos dignas de calidad profesional.

Te sentías en una encrucijada. Desesperadamente sentías la necesidad de ser escuchado, que alguien te pueda dar una mano sobre qué hacer. Ana estaba con todo el lío del hermano, y quizás no era la persona adecuada. Ahora bien, ¿a quién más tenías, alguien en quien confiar realmente? Decidiste contarle todo, incluido el más mínimo detalle.

El rostro de tu amiga cambiaba sus facciones a medida que la historia avanzaba, mezcla de sorpresa e incredulidad. Casi no te interrumpió, excepto para decir de vez en cuando un "¿Cómo?" "¡No me jodas!" o "¿Pero, estás seguro?". No tenías el dibujo pero sí una foto que le tomaste con el móvil. Entonces, como era de esperar, la muchacha quería ver el relicario. -Acá lo tengo- te tocas el pecho, donde se notaba el saliente que provocaba tenerlo allí. Te lo quitas y los pones en sus manos.

Se queda maravillada al verlo. -Es tan lindooo... qué delicado por Dios...- lo sostenía por la cadenita, por encima de su cabeza, mientras el dije giraba reflejando todo a su alrededor. Tú también no le quitas la mirada, evidentemente es... exquisito, robando una palabra usada por tu vieja. En ese instante apareció Don Roberto, con una seriedad mayor que la habitual. Definitivamente algo le turbaba.

-Hola pibe, que hacés flaca... Che, ¿que tienen ustedes ahí?- no parecía nada amable su pregunta.

Ana, quien había envuelto en sus manos el relicario, le respondió: -Nada papá, algo que trajo el señor de acá, a mi lado. Eeehhh- improvisó una mentira piadosa- parece que el chico anda enamorado y le compra cosas costosas a su noviecita jaja...- Te hizo ruborizar un poco. Añades: -¿Que te importa eso a vos?- tratando de seguile la corriente.

Pero Roberto se mostraba inmutable. Los miraba como si se hallara encolerizado. Sí, con ustedes.

-Me podés mostrar lo que tenés en la mano, Ana.- el tono severo se acrecentó. Extendió su brazo y abrió su gran mano derecha, en claro ademán que indicaba a su hija que le entregara el objeto. La chica te mira, sin saber qué hacer. Sabe que para ti es sumamente importante y que querías mantener la privacidad. Pero en verdad, su padre los estaba atemorizando. Le haces una mueca para que le dé el relicario.

Ana, con culpa en sus ojos, te quita la mirada y la dirige a su padre. Abre lentamente las manos, y se lo alcanza como dándole una ofrenda.

Don Roberto exhala aire bruscamente. No toma el dije. Lo observa aterrorizado. Da dos pasos hacia atrás, trastabillando con la mesa ratona ubicada en el centro del living. Se cubre su boca con una mano, mientras sigue retrocediendo sin quitar la mirada del relicario. Su semblante expone un horror sin igual. -¿Papá qué te pasa? Pá ¿¿estás bien??- le dice Ani, pero él parece no escucharla. Gira su pesado cuerpo en dirección de la puerta que iba al garaje. Parece totalmente fuera de sí. Solo repite:-

Hija de puta, hija de mil puta... por qué no lo destruí cuando pude...-

Ana queda boquiabierta. Vos intentás actuar, como si tampoco entendieras nada. Pero las cosas se te han aclarado repentina e imprevistamente. Quizás, la persona que creíste ver ese día en el bar, cuando hallaste el relicario, no solo era parecido a Don Roberto, sino que era muy probable que... fuera él mismo. ¿Y si él era quién dejó el dije en el café? Tal vez quería quitárselo de encima.

Sofía mencionó algo de "aleaciones". Su pareja se reservaba sobre las cuestiones relativas a su empleo. Oh casualidad, Roberto trabajó toda la vida en una metalúrgica. Si bien hay distintos tipos de industrias de ese tipo, en el noventa y cinco por ciento de las plantas ubicadas en la ciudad el trabajo se hacía con... hierro y carbono, "acero". -Clarooo- te dices, recordando que aquella había aludido, exactamente, a ese término.

El tal Horacio trabajaba por las noches, y tardaba meses en terminar de leer los libros que tomaba prestado de Sofía. Sientes la certeza que todo ello era un gran embuste, perfectamente planeado por una mente perversa, vil. Horacio, o mejor dicho Roberto, tenía una doble vida. Por las noches iba a dormir con su familia. De día, seguramente en algún horario que le quedara cómodo, fuera del horario de trabajo, pasaba algunas horas con la víctima, engañándola una y otra vez. Por esto precisamente, a la dueña del relicario le parecían escasas el tiempo que compartía con el hombre. Evidentemente, éste tipo -sientes náuseas de solo pensar en él- no tenía muchas opciones para proseguir con su farsa. Quería continuar con esa ambigüedad por siempre, pero cuando... -te muerdes el labio- cuando su verdadera esposa halló el papelito que Sofía había dejado en su saco, tomó una drástica decisión. La peor de todas.

Se escuchó que Roberto encendía el auto. Debes saber a dónde se dirige. -Ana, la moto de tu hermano es la que estaba afuera ¿no?- le preguntas con la idea clara de seguir a su padre. Simulas prestar atención a tu celular, incluso lo haces sonar vos mismo para que parezca que recibiste un mensaje

-Sí, hoy salí en ella. ¿Por?- te responde, no entendiendo el porqué de tu

consulta.

Te agarras la cabeza. Actúas bien, sí que lo haces. -Es que tenía que ir al laburo por un envío y la verdad me re olvidé... ¿te pongo en algún aprieto si te pido que me la prestes un toque? Voy y vuelvo...- sabías que te iba a contestar afirmativamente. Ella te alcanza un casco Hawk, de la colección de Fedé. Le agradeces el favor y sales tras el rastro de su padre, quién ya te lleva más de dos cuadras de ventaja.

Lo escoltas sigilosamente, tratando que no tenga la posibilidad de ver la Honda de su hijo. Sea donde sea hacia donde se dirige, el tránsito esta vez te da una mano para conseguir tu fin, algo muy extraño en esta ciudad. Finalmente crees saber el destino. El cementerio de la Chacarita. Detiene su auto en una de las calles aledañas. Faltan 20 minutos para las 17 horas y está próximo a finalizar el horario de visitas. Te tratas de mantener a una distancia considerable, por las dudas. De pronto, se detiene sobre una de las tumbas, que al parecer se trataba de una lápida a la altura del césped. Se arrodilla frente a ésta y le habla, bastante enfadado. Una familia de ancianos que pasa cerca lo observa, los regaños al difunto se escuchan desde dónde estás, cerca de un muro de nichos.

Pasan quince minutos y al fin se levanta: -Demonios, irápido que van a cerrar!- exclamas con zozobra. Se retira caminando lentamente, parece haber llorado. Te agachas para esconderte. Finalmente sales hacia dónde Don Roberto había estado. Miras el mármol. Ahora sí, todo está poniéndose en su sitio:

“Sofía Chejov (QEPD)

03-08-46 + 27-06-1977

Siempre en nuestros

corazones...”



## Capítulo 23

Cap. 23 – The end.

-



Un poco más y eras sacado por la seguridad del cementerio. Volviste lo más rápidamente posible a lo de Ana. El auto no estaba afuera, la puerta del garaje seguía abierta, como la había dejado Roberto. –Qué aliviooooo-dices, y respiras profundamente.

Ana sale, ya que conoce a la perfección el sonido del motor de la moto de su hermano menor. Para no ser descortés, entras y tomas un café con tu amiga. Quieres evitar ver a su padre, así que te quemas la boca varias veces con tal de terminar la taza a la brevedad. Te calzas el gorro que te había regalado, le das un fuerte abrazo, y te diriges a tu casa. Obviamente, con el relicario en tu cuello.

Al llegar te arrojas vestido sobre tu cama, boca abajo. El día siguiente era feriado, con lo que irías a la casa de Evan más temprano. Mueves el relicario que había quedado aprisionado entre tu pecho y el colchón, pero no te lo quitas.

Cierras los ojos. No los abrirías hasta el amanecer, luego de una clara y estrellada noche.

Al despertarte, sientes como si quisieras dormir varias horas más. Pero no. Hoy no. Te levantas y te pegas una ducha rápida. Otro café ingerido a mil revoluciones por minuto y a la calle. No te importa mucho que Diana piense que estás un poquito pesado con las visitas. Prima tu urgencia y tus ganas de desenmascarar toda la verdad.

Golpeas la puerta. Esteban te atiende, vistiendo un jogging de cuando tenía 16 años y con una cara de dormido impresionante. –Hola man, pasá dale...- te dice. Dentro, Diana se hallaba lavando los pisos. –El chico del vestidooo, ¡buen día querido!-



-De nuevo sopa, ¡holaa!- le respondes, y das un beso. Por el pasillo ves a Ev que viene corriendo desde su habitación. -Preciosaaa ¡cómo estás!- la saludas. La niña viene directo a ti, y de un salto te abraza, a lo que respondes de igual manera. -Jaja, cuánto amor...- Dice Diana, riendo. Evan no te suelta, aferrándose fuertemente a vos. Te sientas en la silla con la niña, apoyándola sobre tus rodillas. Te cuenta algunas cositas de la escuela y hockey, pero sabe que mucho de lo que interesa hablarte no lo puede expresar delante de su madre y hermano.

-Hice más dibujos, para mami, para Estu y paraaaa... ¡VOS!- empieza a tironear tu camisa- ¿no querés que te los muestre?, ¡están en mi habitación!- se levanta y te hace muecas para que la acompañes hacia su pieza. Diana protesta: -¿Por qué no se los traés hija? Sino no vamos a poder tomar mate ni charlar...- Ev le dirige una mirada asesina. Hace ese mini puchero que tanto resultados le da siempre. Su mamá se retracta: - Bueno, un ratito solamente te llevás a este chico y después vienen ambos para acá, ¡eeeh!- Te causa gracia la forma en que Diana lo plantea: su hija le ganó la pulseada, como normalmente lo hace cuando quiere una cosa.

Entras con la niña a su dormitorio. Ella cierra la puerta. Te interroga: - ¿Te agradó Sofía? ¿Viste que buena es? Me dijo que hoy necesitaba verte. Te mentí, no hice dibujitos. Jiji -pone una cara traviesa- Es más, ella me pidió que consiguiera esto -abre uno de sus baúles de juguetes, donde el vestido de Sofía se hallaba enrollado-

-Shhh, ella está viniendo- te susurra Evan. Desde detrás del ropero de cuatro cuerpos, una imagen comenzó a divisarse. Sofía estaba ante ustedes, radiante, arropada con el vestido blanco. No tenía el cabello suelto esta vez, lo portaba bellamente arreglado con trenzas. Parecía no querer sentarse en la cama, como el otro día. Sin embargo, les indicó a ustedes que lo hagan, con su mano izquierda. Fueron obedientes. Entonces, comenzó a hablar:

-Le pedí a Ev que hoy estuvieras aquí. Sé que tienes mi relicario en tu pecho, lo puedo ver.-te señala a la altura de tu corazón- Quería... quería despedirme de ustedes. Simplemente debo irme... tengo que acudir a dónde me corresponde estar. Es momento ya...-se dirige a donde se encuentra el vestido, lo toma en sus manos- Esto... fue tan especial para mí. Era parte de un sueño... fue un símbolo de amor...-se acaricia el rostro

con la tela- Oh, sí que lo fue. -ahora toma la parte que había sido remendada- ¿Ven esto? Me lo hice yo misma, la cola era larga y la pisé sin querer... unos días antes que Hora... antes que ese hombre me quitara todo, -hace una pausa- lo había enviado a arreglar con una buena señora, que le decíamos Chiquita... cocía y tejía para medio barrio, pobre, y además trabajaba casi todo el día en una enorme casona antigua...-

-Claro, en la del vecino- te dices en tus adentros. Ella prosigue: -Ahora, sé la verdad, gracias a que la he visto a través de tus ojos -te mira con ternura- Cada vez que el relicario estaba contigo, yo era parte tuya. He comprendido todo el engaño a la fui sometida -parece quebrarse, su rostro se entristece- A veces solo confiamos en la gente equivocada. Pero estoy tranquila, no siento que tenga que reprocharme nada. Lo único que hice fue... amar.-

Te quitas el relicario y caminas hacia Sofía. Se lo extiendes. Ella, antes de tomarlo, abre el atuendo que sostenía, y como por arte de magia, hace que pase a formar parte de ella.-Si hubiese cerca un físico cuántico y viera esto, cielo santo- cavilas, maravillado con lo que acabas de presenciar. Ev lo muestra de forma más elocuente aún, quedando boquiabierto.

Sofía coge el dije, sonrío y se lo coloca alrededor de su cuello. Le queda absolutamente hermoso. Nuevamente, vuelve a ocurrir algo similar que con el vestido. El relicario ya era parte de ella. Su figura resplandecía... Ev se le acercó y le dio su manito, el fantasma la tomó. Arrimó sus labios a la frente de la niña, y le dio un cálido beso.

La pequeña se volvió a tu lado, y te abrazó. Ambos observaban a Sofía. Ella... solo sonreía. Unos segundos después comenzó a desvanecerse. -Gracias a ambos, nunca los voy a olvidar -Ev lloraba- Y recuerden... siempre estaré con ustedes, en un pedacito de sus corazones... Adiós...- mientras se disipaba, se despedía con su mano, mientras la niña le devolvía el gesto, con las lágrimas recorriendo su rostro.

Sofía estaba en paz. La nena y vos, también. Dos minutos después, golpean la puerta. Diana se asoma: -¿Vienen? Mate y tortas les tengo, mis

bombones-

-Estábamos saliendo- replicas instantáneamente. Tomas de la mano a Ev y emprendes camino a la cocina, cuando en el baúl, que permanecía abierto, ves una especie de aparato, similar a un mp4, con pantallita y un auricular. Te llama mucho la atención, y lo agarras para observarlo. Guau, es un Sony. -A ver... ¿Voice modulator?- dices sorprendido, indagando a la niña. Ella pone esa cara picarona otra vez: - Era un secretito que manteníamos con Sofí... jiji- lo toma, configura y te dice:- Lleva consigo la carga de una vida- con una voz masculina, muy ronca. -Tuvimos que hacerlo para que ayudaras a mi amiga, ¿nos perdonas?-

-¡Jajaja, mirá vos quién había sido, jajaja!- das una risotada, mezclada con alivio. Sigues tu camino con Ev de la mano por el pasillo.

-Al fin llegaron- exclama Diana, colocando el mate en tu cara prácticamente. Evangelina comía una torta y miraba los dibujitos en la tv, ya que se había apropiado del control remoto.

Te llega un mensaje de Ana, preguntando si ibas a pasar por la tarde. Te contaba que su padre seguía actuando raro. Le escribes:

“Luego paso a verte. Te quiero muchooo. A tu viejo decíle... que Horacio murió, y que nada ni nadie va a poder revivirlo... Él va a entender, quédate tranquila. ¡Besote!”

Quedas mirando la nada unos segundos... y aprietas “Send”.

---FIN.---



## Capítulo 24

Image not found.